

TEATRO COMICO
PARA LOS NIÑOS

OBRAS DE GERMAN BERDIALES

LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA
(Teatro Infantil) — 5ª edición

*

FABULAS EN ACCION
(Teatro Infantil) — 2.ª edición

*

TEATRO HISTORICO INFANTIL
(Leyendas americanas para la escena) — 2ª edición

*

JOYITAS
(Recitados para los Jardines de Infantes) — 3ª edición

*

TEATRO COMICO PARA LOS NIÑOS
(Comedias, diálogos y monólogos) — 4ª edición

*

FABULARIO

*

PADRINO
(Cuentos para niños y maestros) — Agotado

*

EL ULTIMO CASTIGO
(Cuentos para padres y maestros) — Agotado

*

MIS MEJORES CUENTOS PARA LOS NIÑOS
3ª edición

Dupl. del
Nº 34423

16040
6-1-1

GERMAN BERDIALES

TEATRO COMICO PARA LOS NIÑOS

COMEDIAS,
DIALOGOS Y
MONOLOGOS

4ª EDICION

BUENOS AIRES

EDITORIAL A. KAPELUSZ Y Cía.

1 9 3 8

104X120

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510

A RAFAEL RUIZ LOPEZ
*que tantos hermosos cuentos
ha escrito para los niños.*

G. B.

COMEDIAS

La honradez

De un cuento de Max y Alex Fischer

PERSONAJES

EL MAESTRO.

EL INSPECTOR.

EL QUINTERO.

VARIOS ESCOLARES.

DECORACIÓN: *Un salón de clase.*

EL MAESTRO.—Sí, señor inspector: el quintero del pueblo se presentó ayer aquí, y me dijo: “¿Se acuerda usted, señor maestro, de la cantidad de frutas que tenía mi hermoso ciruelo? Pues bien, ¡ya no le quedan más que veinte! ¡Figúrese usted, ¡veinte ciruelas, un árbol que tenía millares!” Y en seguida me declaró que sospechaba que el pícaro ladrón era alguno de los chicos de la escuela. Entonces, tomando en cuenta la denuncia, que por cierto me mortificó bastante, les dije a mis alumnos al despedirme de ellos: “El culpable será perdonado si mañana, por hoy, arranca una ciruela del árbol y, en vez de comérsela, viene a clase con ella colgada del cuello”.

EL INSPECTOR (*que se ha asomado a la ventana*).—
Pues ha acertado usted, porque allí veo al culpable
luciendo el collarcito acusador. . .

EL MAESTRO (*asomándose a su vez*). — ¡Pedrito!
¡Pedrito Cáceres! ¡Ese diablo tenía que ser! . . .
¡Ah, lo perdonaré porque así lo he prometido so-
lemnemente, pero tendrá que oírme ese pilluelo!

EL QUINTERO (*entrando, desesperado*). — ¡Señor
maestro! ¡Señor maestro! ¡Mis ciruelas! ¡Mis ci-
ruelas!

EL MAESTRO.—¿Qué? . . . ¿Qué les pasa a sus ciruelas,
buen hombre?

EL QUINTERO.—¡Nada! Ya no les pasa nada a mis
ciruelas, porque . . . ¡no me queda ni una!, ¡lo
que se dice ni una!

EL MAESTRO.—¿Ni una?

EL INSPECTOR.—¿Ni una? No puede ser.

EL QUINTERO.—¡Ni una para remedio, señores!

EL MAESTRO.—Pero, ¿no me dijo usted ayer que
quedaban veinte en el árbol?

EL QUINTERO.—Sí, y decía verdad: pero también
hoy digo verdad, y no queda ni una. . .

EL MAESTRO.—Bien; por lo pronto, ya tenemos aquí al culpable.

EL QUINTERO.—¿Qué? ¿Es que alguno ha confesado?

EL MAESTRO.—Sí, señor. Ya verá usted. Un momentito, que vamos a escarmentarlo delante de todos sus compañeros. Voy a hacer pasar aquí a todos los alumnos. (*Golpea las manos, y, a esta señal, van apareciendo los alumnos; todos, excepto tres, llevan el collar acusador*).

EL INSPECTOR (*al advertir esta curiosa circunstancia, y señalando a cada niño*). — ¡Oh! ¡Este!... ¡Y éste! ¡Y éste!... ¡Y este otro!... ¡Y éste, también!... ¡Y aquél!... ¡Y aquél!... ¡Y aquel otro! ¡Y el de más allá!... ¡Qué confusión, Dios mío!

EL QUINTERO (*asombrado*). — ¡Oh... ¿Y esto? ¡Cielos! ¿Qué significa esto, señor maestro? ¡Explíqueme usted!

EL MAESTRO (*dejándose caer en su sillón*). — ¡Esto significa que no es uno solo el culpable, que son muchos, que son todos!

EL INSPECTOR (*que ha observado que tres alumnos no traen el collar*). ¡Todos, no! ¡Hay que hacer justicia! ¡Todos, no! Allí veo tres pobrecitos que no traen el collar acusador...

EL MAESTRO (*reaccionando*).—¡Ah! ¡Respiro! ¡Por lo menos, tres! . . . ¡Tres! A ver, Roberto, Juan, Antoñito . . .

ROBERTO, JUAN Y ANTOÑITO (*interrumpiéndolo y llorando desesperadamente*). — Perdón, señor, ¡perdón! . . . pero es que cuando nosotros llegamos . . . ¡ya no había más ciruelas! (*El inspector y los otros niños se ríen a no poder más, el maestro cae en su sillón y el quintero huye tirándose de los pelos*).



Gerundio vuelve a su casa

De la obra del Padre José Francisco de Isla

PERSONAJES

GERUNDIO, *niño de doce años.*

LA MADRE.

EL PADRE.

DECORACIÓN: *Una sala.*

GERUNDIO.—¿A que no saben ustedes cómo se escribe burro? ¿Con b minúscula o con B mayúscula?

LA MADRE.—¿Con B grande o con b pequeña?

GERUNDIO.—Eso.

EL PADRE.—Hijo, yo siempre lo he visto escrito con b pequeña.

GERUNDIO (*riéndose*).—¡Ah, no señor, no señor! Si el burro es pequeñito y va a la escuela todavía, sí se escribe con b minúscula, pero si es un burro grande, como el burro de mi tío, se escribe con B

mayúscula. Porque mi maestro dice que las cosas deben escribirse como son.

EL PADRE.—Según eso una pierna de vaca irá con P mayor y una de carnero con p menor.

GERUNDIO.—Justamente.

LA MADRE.—¡Ah, qué ignorantes somos! Nosotros jamás habríamos pensado semejantes cosas...

GERUNDIO.—Ahora, si quieren, diré algo sobre las "bocales" y las consonantes.

EL PADRE.—Dí, que ya veo que no has perdido el tiempo en la escuela.

LA MADRE.—Sí, dí que el saber no ocupa lugar.

GERUNDIO.—Empezaremos por las "bocales". Las "bocales" son cinco.

LA MADRE.—Como los dedos.

GERUNDIO.—Sí, como los dedos de la mano o del pie. Digo, que las "bocales" son cinco: a, e, i, o, u; y se llaman "bocales" porque las cinco se pronuncian con-la-bo-ca.

EL PADRE.—Oye, oye, ¿y las otras? ¿Las otras se pronuncian con las narices?

GERUNDIO.—Eso le dije yo al maestro, y él me lo explicó de este modo: Las “bocales” se pronuncian con la boca, puramente con la boca; y las otras, las consonantes, se pronuncian con las “bocales”.

LA MADRE.—¿Entiendes, marido?

EL PADRE.—Algo...

GERUNDIO.—Voy a darles un ejemplo práctico, así comprenderán mejor. Escuchen: La a, que es la primera “bocal”, se pronuncia abriendo mucho la boca.

LA MADRE.—A... A... A...

GERUNDIO.—No, mamá, no; usted no sabe abrir la boca.

LA MADRE.—¿Y cómo se abre, entonces?

GERUNDIO.—Así: A.

LA MADRE.—¡Ah!, ya sé: A.

GERUNDIO.—Que no, señora, que no es eso. Mire, para pronunciar la a, correctamente, (*hace lo que va diciendo mientras mueve con sus manos las mandíbulas de la madre*), se baja la quijada inferior, ésta; ¡ahá!, y ahora cuanto más las separe más grande resultará la a. Así nos enseñaba el maestro.

LA MADRE (*conforme Gerundio va obligándola a abrir la boca*).—A... A... A... A... A...

GERUNDIO.—¡Eh?... ¿Qué tal?

LA MADRE.—Tú dirás...

EL PADRE.—¡Admirable! ¡Admirable!... ¡Lo que sabe esta criatura!

GERUNDIO.—Ahora usted, papá. A ver si aprende a pronunciar la e, tal como debe hacerse.

EL PADRE.—¡Quién sabe si podré!

GERUNDIO (*abriendo con sus manos la boca de su padre*).—¡Afloje esas carretillas!... Eso, ¡muy bien! Acerque la mandíbula superior a la inferior. ¡Ya está! ¡Perfectamente! Vaya diciendo conmigo: E... E... E... E... E...

EL PADRE.—E... E... E... E... E... ¿Estará bien? ¡Lo hice bien?

GERUNDIO.—Requetebién, papá. Vamos ahora con la i. (*Repite el juego con la madre*). Entrégume las quijadas; aflójelas, que yo se las pondré en la posición exacta. Hay que acercar ambas mandíbulas y retirar las extremidades de la boca hacia las orejas. Un poco más, no tanto... Ahí, ahí, eso... Ya está. Repita conmigo: I... I... I... I... I... I...

LA MADRE (*obedeciendo*).—I... I... I... I...
I... I...

GERUNDIO (*palmoteando*).—Lo ha hecho tan bien como yo mismo.

EL PADRE.—¡Jesús, y qué cosa tan buena!

GERUNDIO.—Entonces, ya que han vencido esas dificultades, ensayen los dos la o.

LA MADRE.—Bueno. Ayúdame a abrir bien la boca.

EL PADRE.—Y a mí, ¿quién me ayuda?

GERUNDIO.—Usted fijese cómo le hago abrir la boca a mamá y trate de imitar el movimiento. (*Repite el juego*). Hay que juntar los labios por los dos extremos, sacándolos un poco, así, hacia afuera, formando un orificio redondo que representa la o. Observen bien. Mamá ya puede decirla. A ver, papá. ¡Más redonda! ¡Ahahá! Bien. Digan los dos: O... O... O... O... O...

LA MADRE (*obedeciendo*).—O... O... O... O...
O...

EL PADRE (*simultáneamente*).—O... O... O...
O... O...

GERUNDIO.—Ha salido de perlas. ¡A cual mejor!

LA MADRE.—¿Y la u?

GERUNDIO.—¡Ah, esa es la “bocal” más dificultosa!
La pronunciaré yo. Observen mis labios: U...
U... U... U...

EL PADRE.—¡Qué bien! ¡Qué bien!

LA MADRE.—¡Qué maravilla!... Uno se pasa la vida hablando y no sabe nunca cómo ha de poner los labios...

EL PADRE.—Ahí tienes lo que vale el ir a la escuela...
¡Las cosas que ha aprendido nuestro hijo en un año solamente!...

GERUNDIO.—A ver, digamos todos a coro: A... E...
I... O... U...

LA MADRE (*obedeciendo*).—A... E... I... O...
U...

EL PADRE (*simultáneamente*).—A... E... I...
O... U... ¡Nada, que no me arrepiento!

GERUNDIO.—¡Ay, papá, qué mala palabra ha dicho!

EL PADRE.—¿Eh? ¿cuál, hijo?

GERUNDIO.—Esa: arrepiento.

EL PADRE.—¿Cómo? ¿Arrepiento es mala palabra?

GERUNDIO.—No se dice arrepiento, ni cosa que lleve arre.

EL PADRE.—¿Y por qué no ha de decirse?

GERUNDIO.—Pero, papá, ¿usted no comprende que eso de arre debe dejarse para los burros? ¡Arre, burro! ¡Arre, burro! (*El padre, desesperado al comprobar su ignorancia, se tapa la boca*). No se debe decir: arrepiento, ni arrechucho, ni arreglarse...

EL PADRE.—Bien, hijo, bien... Enséñanos, entonces, cómo debemos decir.

GERUNDIO.—Muy sencillo. En vez de arrepiento, arrechucho, arreglarse, hay que decir: enrepentirse, enrechucho, enreglarse...

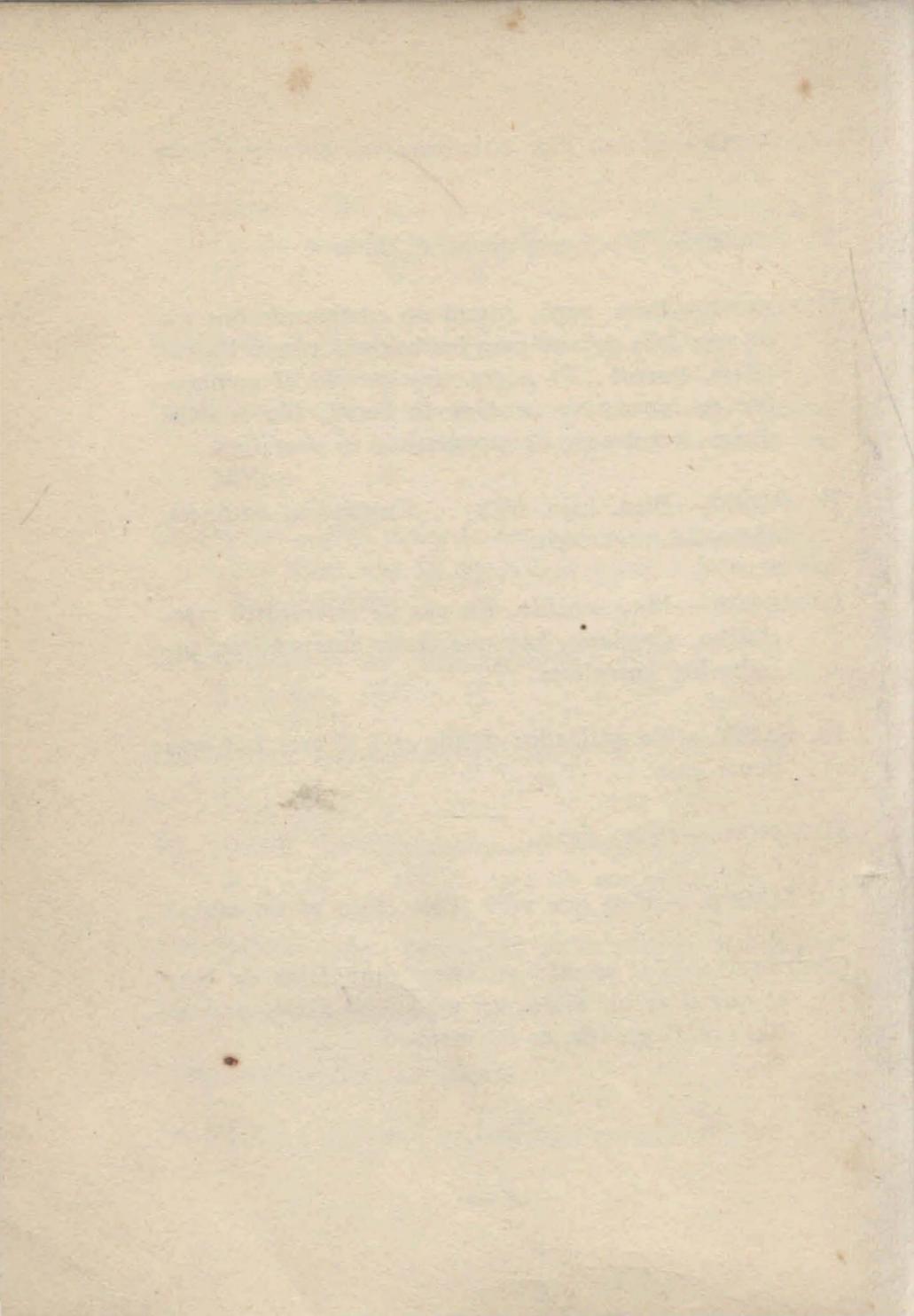
EL PADRE.—Ya entiendo: donde está el arre hay que poner enre...

GERUNDIO.—Pues, claro.

LA MADRE.—¡Hay que ver! ¡Este chico es un sabio!

GERUNDIO.—No, mamá; yo estoy muy lejos de eso: el que sí es un sabio, un verdadero sabio, un sabio con B grande, es mi maestro...





Un cascarrabias

De una comedia de Seraffín y Joaquín Álvarez Quintero

PERSONAJES

- EL HUMORISTA.
- EL CASCARRABIAS.
- LA ESPECTADORA.
- EL ESPECTADOR.

DECORACIÓN: Una sala.

EL HUMORISTA.—¿Qué hacen tan calladitos la espectadora y el espectador?

EL ESPECTADOR.—¿Y usted qué hacía perdido por allá adentro?

EL HUMORISTA.—¡He estado embromando un rato al cascarrabias!

EL ESPECTADOR.—Duro, ¡duro con él!

EL HUMORISTA.—Es delicioso. Acabo de decirle que

hace vida de pisapapeles, porque está siempre leyendo. Y se me ha puesto por las nubes.

EL ESPECTADOR.—Eso prueba lo atinado de la comparación.

LA ESPECTADORA.—Sí, ha estado graciosa. ¡Es un verdadero pisapapeles!

EL HUMORISTA.—El cascarrabias me divierte muchísimo. Le cuento unas patrañas espantosas, sólo por oír sus protestas. . . Había que verle anoche cuando le juré que hace seis años fui vendedor de alfombras en Egipto.

LA ESPECTADORA.—¡Vaya una ocurrencia!

EL HUMORISTA.—¡Ah, yo no me paro en barras! En mis conversaciones con él, ya he dado tres o cuatro veces la vuelta al mundo.

LA ESPECTADORA.—Lo va a matar a rabietas.

EL ESPECTADOR.—No, mujer, no; descuida, que a un cascarrabias no lo mata nadie.

EL HUMORISTA.—Se hará lo que se pueda, y veremos quién puede más.

LA ESPECTADORA.—Cambiemos de conversación, que ahí viene el cascarrabias.

EL ESPECTADOR.—Sí, sí, doblemos la hoja. Será mejor.

EL HUMORISTA.—Ahora van a oírlo. Escuchen, y respondan en consonancia. Pues sí, precisamente en aquella época era yo... ¡cer-ve-ce-ro en Alemania!

LA ESPECTADORA.—¿Cer-ve-ce-ro en Alemania? ¡No me diga!

EL ESPECTADOR.—Sí, mujer, recuerdo que ya nos ha hablado de eso el otro día, ¿no es así?

EL CASCARRABIAS (*que ha aparecido a tiempo de escuchar al humorista*).—¡Permítanme! ¡permítanme! (*Al humorista*): ¿En qué época era eso, si es que puede saberse?

EL HUMORISTA.—¡Cómo no ha de poder saberse! Eso era..., pues, en agosto del... 95. ¡Eso! ¡En agosto del 95!

EL CASCARRABIAS.—¡Alto el carro, señor mío! ¡Basta ya de mentiras!

EL HUMORISTA.—¿Qué dice usted?

EL CASCARRABIAS.—Digo (*sacando un papel del bolsillo*), que en este papel tengo apuntadas todas las cosas que ha sido usted en agosto del 95. (*Todos ríen*) ¿De qué se ríen ustedes? No hay de qué reírse. Aquí está el papeletito. Oigan. Este caballero ha sido en agosto del 95: pastelero en Andalucía;

sastre en Galicia, pintor en Bélgica; equilibrista en Rusia; peluquero en la China; enfermero en el Canadá; empleado público en la Argentina; cajero en Londres; capitán de un globo en medio de los aires. . . Y díganme ahora si hay modo de creer en él.

EL HUMORISTA.—Pues, sí, señor; todo eso es rigurosamente histórico. Como que en agosto del 95 era yo. . .

EL CASCARRABIAS.—¿Otra cosa más, todavía?

EL HUMORISTA.—Sí, señor; yo era entonces, primer actor de una compañía dramática y representaba un tipo distinto cada día. . . ¡Ahí lo tiene usted todo explicado, señor mío! (*El cascarrabias se deja caer en un sillón*).



El hijo de don Ignacio

De una comedia de Manuel Linares Rivas

PERSONAJES

EL INGENIERO.

EL MINERO.

EL APRENDIZ, niño de diez años.

DECORACIÓN: *En la galería subterránea de una mina.*

EL MINERO.—Ingeniero, ahí ha bajado un chico que quiere hablar con usted.

EL INGENIERO.—¿Conmigo? ¿Y dices que es un chico?

EL MINERO.—Sí, se empeña en que quiere hablar con el ingeniero jefe.

EL INGENIERO.—Pero . . . , ¿no podía haber esperado en la boca de la mina?

EL MINERO.—Y . . . yo así se lo dije, ingeniero, pero él se coló hasta aquí abajo.

EL INGENIERO.—Bueno, que se acerque; déjanos el farol aquí.

EL MINERO.—¡Ea, muchacho, ven! Aquí está el ingeniero.

EL APRENDIZ.—Buenas noches.

EL MINERO.—¡Anda!, ¿y por qué buenas noches?

EL APRENDIZ.—Como aquí ya están con las luces encendidas.

EL INGENIERO.—Estamos con las luces encendidas, porque si las apagamos no se ve gota; a estas profundidades no llega la claridad del sol, pero es tan de día como afuera. Bien, ahora dime qué quieres de mí; porque estás seguro de que es conmigo con quien deseas hablar, ¿verdad?

EL APRENDIZ.—Sí, señor; es decir, si usted es el ingeniero principal, el señor Arrauz.

EL INGENIERO.—El mismo que viste y calza.

EL APRENDIZ.—Bueno, señor ingeniero, yo vengo a pedirle trabajo, si puede ser.

EL INGENIERO.—¿Trabajo? ¿Aquí en la mina?

EL APRENDIZ.—Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—¿Cuántos años tienes?

EL APRENDIZ.—Diez.

EL INGENIERO.—¿Y cómo te llamas?

EL APRENDIZ.—Jorge Zaldívar. Soy el hijo de don Ignacio, su amigo y vecino.

EL INGENIERO.—¡Ah!, ¿con que eres el hijo de don Ignacio?

EL APRENDIZ.—Así me ordenó mi padre que le dijese: “Ve, — me dijo — que en cuanto el señor Arrauz sepa que eres el hijo de don Ignacio” . . .

EL INGENIERO.—Ya veo que traes bien aprendida la lección, pero será necesario que aprendas, mejor todavía, la que yo voy a darte en seguida.

EL APRENDIZ.—Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—Pues, óyeme bien: Nuestra faena, aquí abajo, consiste en extraer el carbón de la mina . . .

EL APRENDIZ.—Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—Bien, entonces, ya que sabes para qué estamos aquí, y quieres ayudarnos a hacer este trabajo, repite estas palabras: “Soy-el-hijo-de-don-Ignacio”.

EL APRENDIZ (*a media voz, porque está algo turbado*).—Soy... el... hijo... de... don... Ignacio. ¡Ya está!

EL INGENIERO.—No, así no. Dílo más alto, con más voz. A ver: dilo.

EL APRENDIZ (*obedeciendo*).—Soy el... hijo... de don Ignacio.

EL INGENIERO.—No, hombre; apenas si se te oye. Dílo con voz bien llena. Muy alto, que aquí no vas a despertar a nadie. Vamos, repítelo.

EL APRENDIZ (*con todas sus fuerzas*).—Soy el hijo de don Ignacio.

EL INGENIERO.—Muy bien, muchacho, muy bien. Y ahora, dime, ¿has visto caer un solo grano de mineral?

EL APRENDIZ.—No, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—Así que, ni diciéndolo alto ni diciéndolo bajo, ¿no has hecho caer un solo grano de carbón?

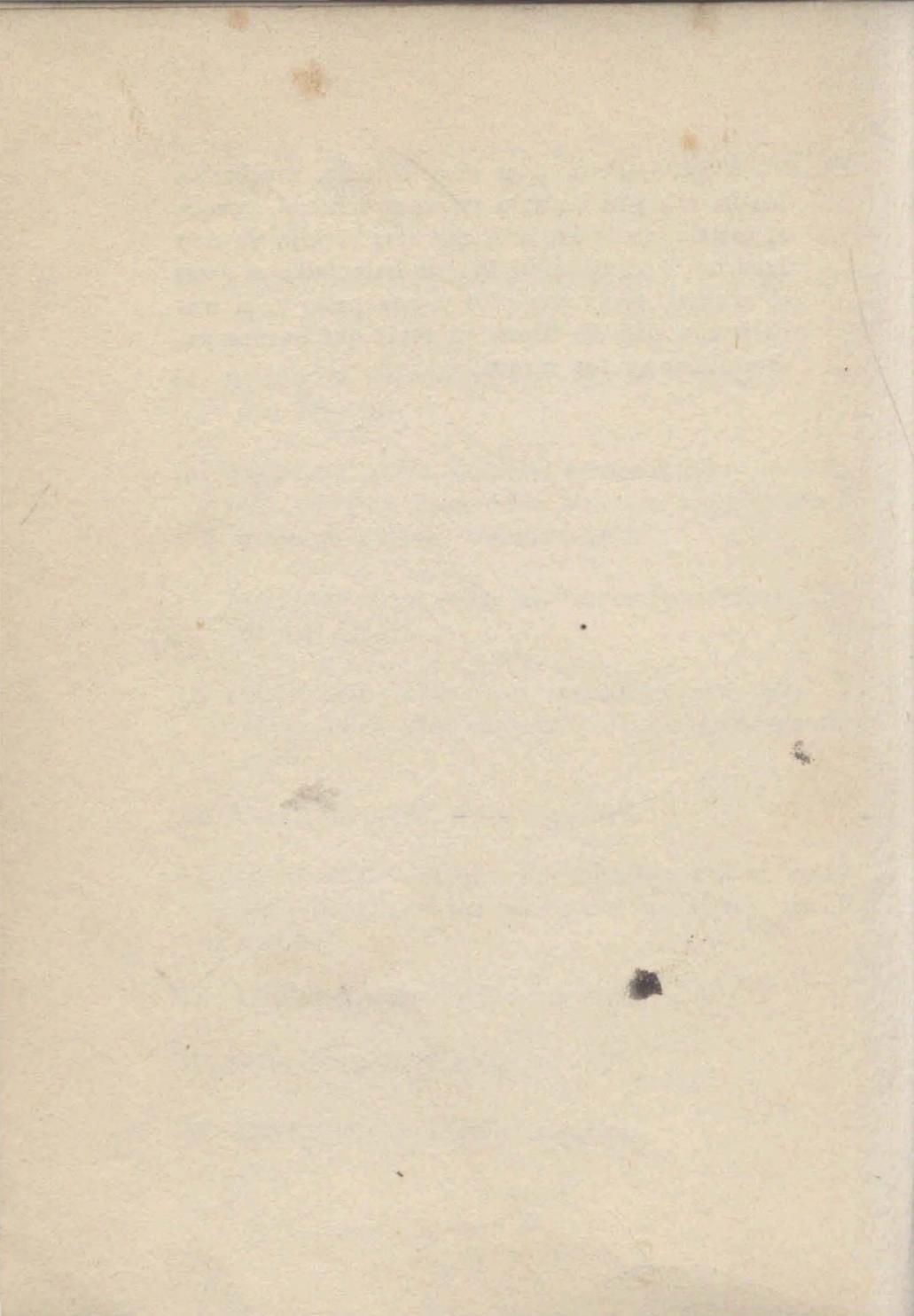
EL APRENDIZ.—No, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—¿Y sabes por qué?

EL APRENDIZ.—No, señor ingeniero.

EL INGENIERO.—Pero, si es muy sencillo, muchacho. No ha caído ni un solo grano de mineral, porque al carbón no le importa que seas el hijo de don Ignacio. Y como aquí lo que hace falta es sacar el mineral, toma este pico y esta pala, y, si trabajas con ellos de firme, ya verás qué buenos padres tienes en tus manos.





El bastón

PERSONAJES

JORGE.
MARIO.
CARLOS.
ALBERTO.

DECORACIÓN: *Una sala.*

JORGE (*que se está componiendo para asistir a una fiesta*).—¡Arréglame la corbata, Mario!

MARIO (*obedeciendo*).—¡A ver, listo!

CARLOS.—Aquí tienes el pañuelo.

JORGE.—Perfúmalo, ¿quieres?

ALBERTO.—Esta flor para el ojal.

JORGE.—Gracias. Y ahora, venga el sombrero de copa.

MARIO.—Tómalo; ya lo he cepillado.

JORGE (*pavoneándose ante el espejo*).—¿Cómo me encontráis?

ALBERTO.—Elegantísimo.

CARLOS.—Admirable.

MARIO.—Muy bien. Estás hecho un figurín.

ALBERTO.—Lástima que haya habido que cortar el bastón.

JORGE.—¿Dónde está? ¡Traédmelo!

MARIO.—Está en el vestíbulo. Ya te lo traigo. (*Sale*).

ALBERTO.—Tienes que ensayarte, porque el bastón hay que saber llevarlo. . .

JORGE.—Me han dicho que en las librerías se vende un manual titulado: "El bastón y su uso".

ALBERTO (*apareciendo con el bastón*).—Aquí está el bastón.

JORGE (*al comprobar que le resulta corto*).—Pero, ¿cómo? ¡Ahora resulta corto!

MARIO, CARLOS Y ALBERTO.—¡Oh! . . . ¿Y eso? . . . Pero, ¿cómo puede ser?

JORGE.—¡Qué enormidad! ¿Y ahora?

MARIO, ALBERTO Y CARLOS.—Pues yo le corté diez centímetros solamente. . .

JORGE.—¿Qué? (*A Mario*) ¿Tú diez? (*A Alberto*)
¿Y tú diez? (*A Carlos*) ¿Y tú diez?

MARIO, ALBERTO Y CARLOS.—¿Tú diez y tú diez y yo diez?

JORGE.—¡Adiós mi elegancia! ¡Treinta centímetros!

MARIO, ALBERTO Y CARLOS.—¡Treinta!

MARIO.—¡Consuélate, Jorge, porque los jóvenes verdaderamente elegantes, como tú! . . .

JORGE.—¡Oh, gracias!

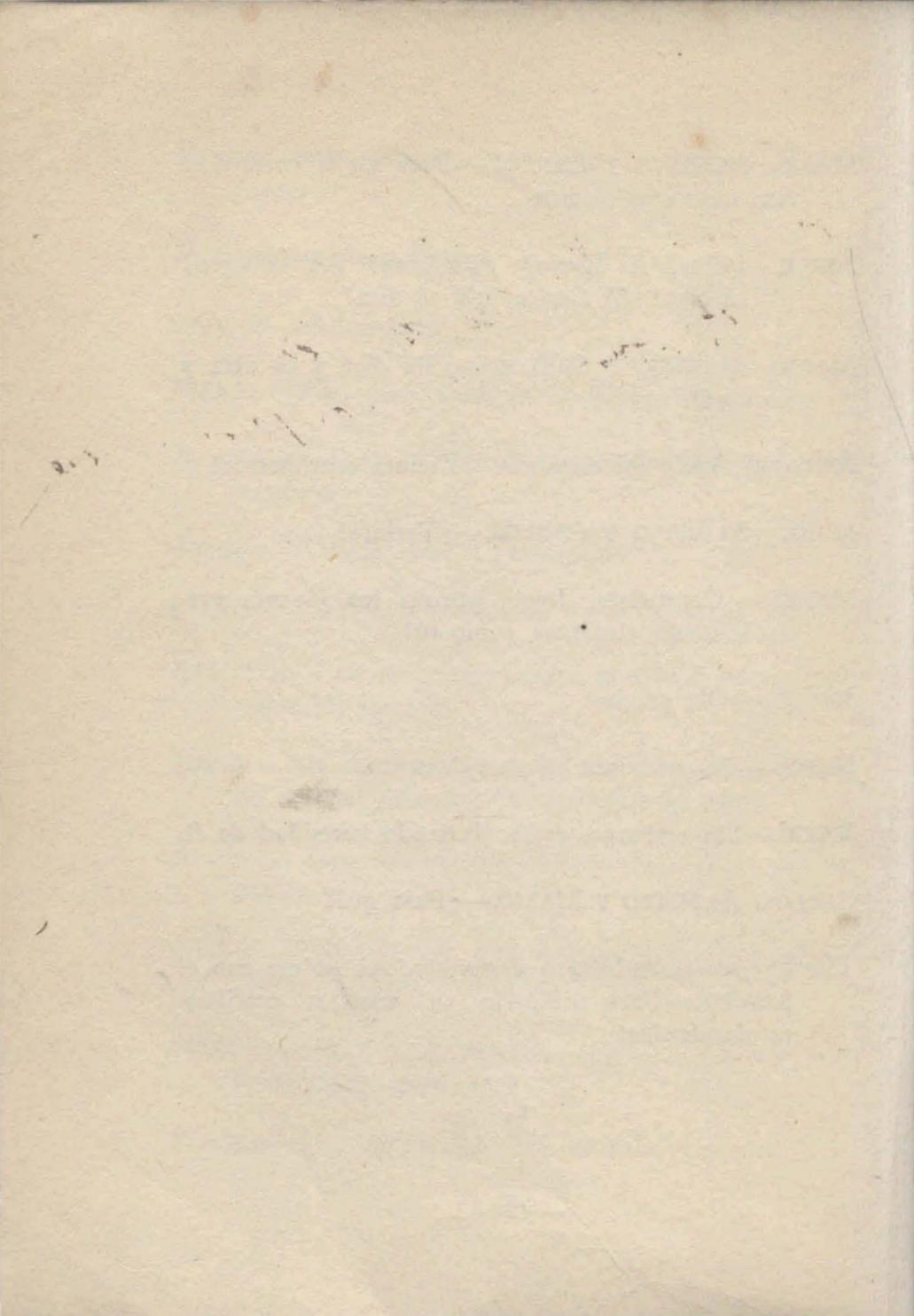
MARIO.—No necesitan ese complemento.

JORGE.—Sin embargo, estoy sintiendo necesidad de él.

CARLOS, ALBERTO Y MARIO.—¿Para qué?

JORGE (*persiguiéndolos y descargándoles golpes con el bastón*).—Para romperlo en vuestras costillas, ¡atolondrados!





El ascenso

De una anécdota anónima

PERSONAJES

EL GERENTE.

MARTINEZ.

ROLAND.

DECORACIÓN: *Una oficina.*

MARTINEZ.—Permiso, señor gerente.

EL GERENTE.—¿Qué deseaba, señor Martínez?

MARTÍNEZ.—Señor gerente: ayer ha sido ascendido mi compañero Augusto Roland, y como yo tengo cinco años más de antigüedad en la casa, y además se trata de una persona mucho más joven que yo, he creído que tenía derecho a solicitar...

EL GERENTE.—Un momentito, señor Martínez. ¿Quiere averiguar la causa de ese ruido tan molesto?

MARTÍNEZ (*asomándose a una ventana*).—Son... unos carros que pasan, señor.

EL GERENTE.—¿Qué llevan?

MARTÍNEZ (*asomándose nuevamente*). — Llevan . . .
bolsas.

EL GERENTE.—¿Bolsas? ¿Qué contienen?

MARTÍNEZ (*asomándose por tercera vez*).—¿Qué contienen? Pues . . . han de ser granos: trigo, maíz, alpiste . . . ¡Quién sabe!

EL GERENTE.—¿A dónde van?

MARTÍNEZ.—¡Ah! . . . ¡Hacia allá! Al puerto, seguramente.

EL GERENTE.—Bien. Ahora, hágame el favor de sentarse. (*Oprime el botón de un timbre*).

ROLAND (*apareciendo casi instantáneamente*).—Señor...

EL GERENTE.—¡Hola, Roland! ¿Quiere averiguar la causa de ese ruido tan molesto?

ROLAND (*desapareciendo*).—En seguida, señor.

EL GERENTE.—¿Así que, señor Martínez, le ha extrañado mucho que se haya dado preferencia al señor Roland? ¿No es eso?

MARTÍNEZ.—Sí, señor; yo no quiero decir que el muchacho no tenga sus méritos; los tiene, y grandes,

pero, como le decía, entró en la casa cinco años más tarde que yo, y casi puede ser hijo mío. Además. . .

ROLAND (*apareciendo*).—Permiso, señor. Se trata de cuatro carros que llevan al puerto un cargamento de trigo; el cereal va consignado a la compañía del Sud y será embarcado para Inglaterra en el vapor "Manchester", que sale el día veinte.

EL GERENTE.—Muy bien. Gracias.

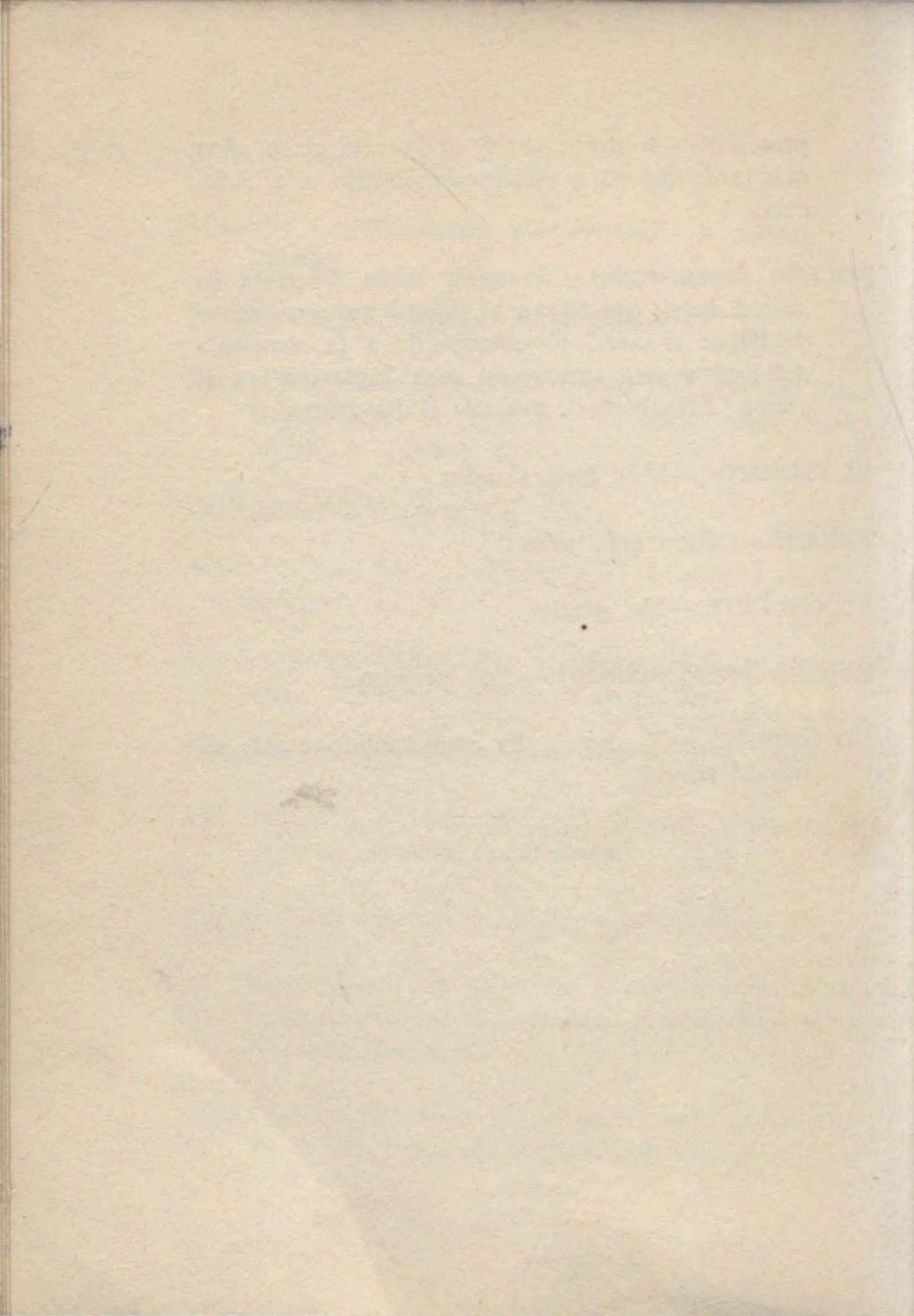
ROLAND.—¿Algo más, señor?

EL GERENTE.—No, gracias.

ROLAND (*desapareciendo*).—Con permiso.

EL GERENTE.—Y ahora, ¿ha comprendido usted, señor Martínez?





Diez pesos prestados

De una carta de Benjamín Franklin

PERSONAJES

FRANKLIN.
EL DESCONOCIDO.
UN EMPLEADO.

DECORACIÓN: *Una oficina.*

UN EMPLEADO.—Señor Franklin, un señor que desea hablar con usted.

FRANKLIN.—¡Qué broma, con todo lo que tengo que hacer! En fin, ¿quién es?

UN EMPLEADO.—No ha querido darme su nombre; dice que usted no lo recordará.

FRANKLIN.—Bien, que pase.

UN EMPLEADO (*al desconocido*).—Adelante, señor. Por aquí, haga el favor.

EL DESCONOCIDO.—Gracias. Buenos días, don Benjamín.

FRANKLIN.—Buenos días, señor. Estoy a sus órdenes. Siéntese aquí. (*Al empleado*). Lleve esta carta al doctor Máster, y espere la respuesta. (*El empleado desaparece. Al desconocido*). Lo he reconocido, señor, y recuerdo muy bien su nombre. ¿Cómo le va?

EL DESCONOCIDO.—Muy bien, don Benjamín; muy bien, gracias a usted, a su bondad.

FRANKLIN.—¿Por qué gracias a mí?

EL DESCONOCIDO.—¡Oh, señor, porque con su generosa y oportuna ayuda pude abrirme paso!

FRANKLIN.—¡Bah!, ¿no habrá sido, más bien, mediante sus desesperados esfuerzos?

EL DESCONOCIDO.—Los hice, pero de nada o de muy poco me hubieran valido, a no haber contado con aquella suma que usted me facilitó.

FRANKLIN.—Pero, si era tan insignificante. . .

EL DESCONOCIDO.—También es insignificante en la inmensidad del océano, la tabla que salva al naufrago, señor. En fin, aquí tiene usted aquella suma, y crea que. . .

FRANKLIN (*rechazando el billete, suavemente*).—De ninguna manera; yo le . . .

EL DESCONOCIDO.—Acéptela, señor; me ofendería usted en vez de halagarme; además, le aseguro que ya no la necesito. No diré que estoy rico, pero mis asuntos van cada día mejor . . . Así que, ¡aquí tiene sus diez pesos!

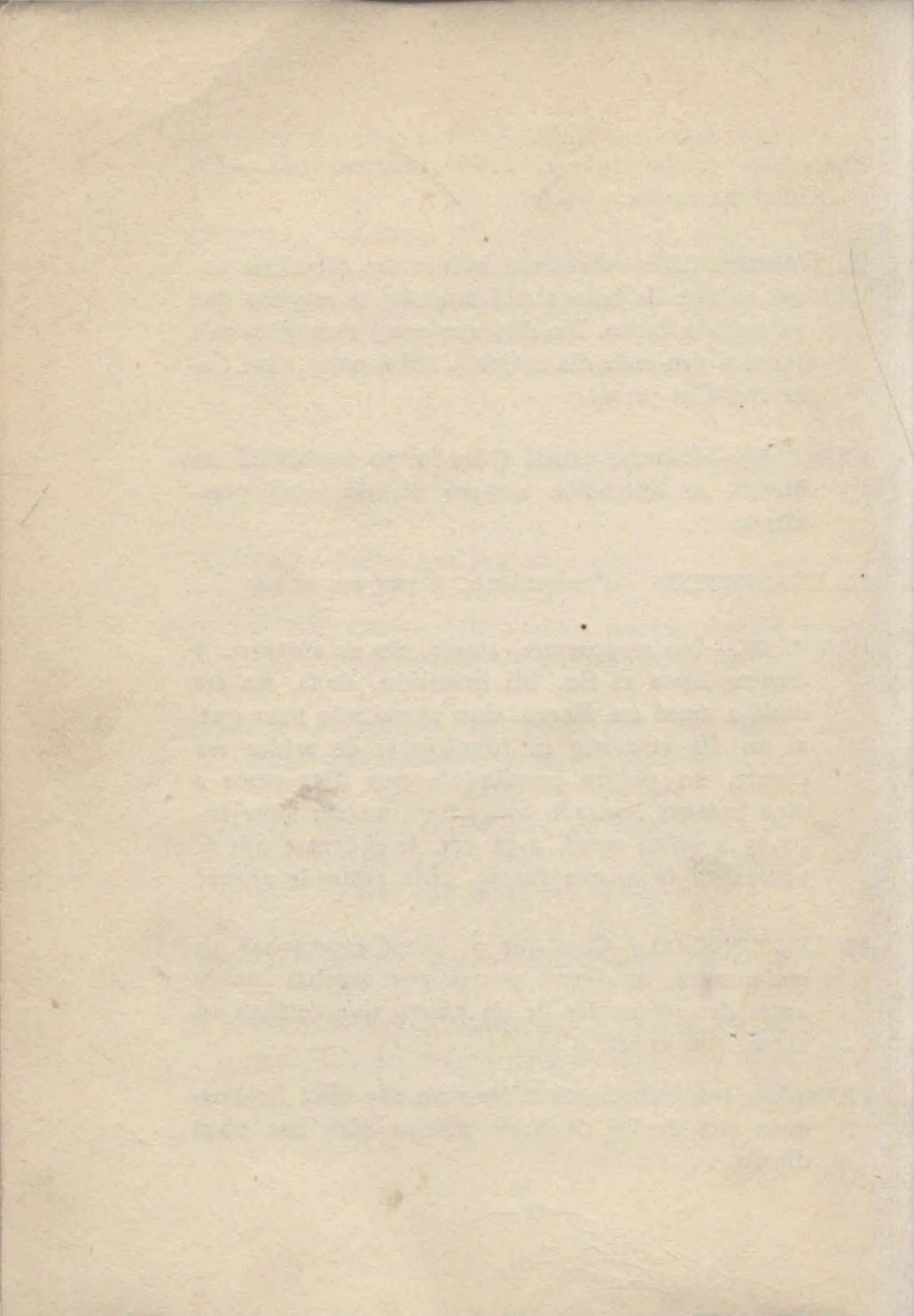
FRANKLIN.—Escuche usted. Cuando yo le facilité ese dinero, mi intención no era dárselo, sino prestárselo . . .

EL DESCONOCIDO.—Precisamente, y por eso es que . . .

FRANKLIN.—No se apresure, amigo, no se apresure, y óigame hasta el fin. Mi intención, decía, no era darle a usted ese dinero, sino prestárselo para que, si un día estuviese en condiciones de saldar esa cuenta, me pagara prestándole esos diez pesos a otro hombre honrado que pasara apuros semejantes, y a quien usted, a su vez, le ordenase que le pagara en la misma forma. ¿Me entiende ahora?

EL DESCONOCIDO.—Creo que sí. Usted espera que, de esa manera, su dinero pasará por muchas manos antes de caer en las de un pícaro que detenga su curso, ¿no es así?

FRANKLIN.—Exactamente. Como no soy rico, he buscado este medio de hacer mucho bien con poco dinero . . .



Una mujer indefensa

De un cuento de Antón Chejov

PERSONAJES

LA SEÑORA DE CHUKIN.

EL GERENTE.

EL SECRETARIO.

EL ORDENANZA.

DECORACIÓN: *Una oficina.*

EL ORDENANZA (*asomándose*).—Señor gerente, una señora, que dice ser la señora de Chukin, quiere hablar con usted.

EL GERENTE.—¿La señora de Chukin? Y bien, que pase la señora de Chukin.

EL ORDENANZA (*a la señora de Chukin*).—Adelante, señora.

LA SEÑORA (*apareciendo*).—Muy buenas tardes, señor gerente.

EL GERENTE.—Muy buenas. Hágame el favor de sentarse. ¿En qué podemos serle útiles, señora?

LA SEÑORA.—Vea, señor: mi marido, el señor Chukin, es empleado público, es decir, era, porque ha estado enfermo cinco meses y le han declarado cesante. Y cuando he ido a cobrar su sueldo, me descontaron cincuenta pesos y treinta centavos, con el pretexto de que adeuda esa suma a la caja de jubilaciones. Yo no tengo nada que ver con eso, ¿no le parece?, y reclamo, como es natural, esos cincuenta pesos y hasta esos treinta centavos. Soy una pobre mujer indefensa, desamparada, maltratada y ultrajada por todo el mundo, y por eso me he resuelto a molestar a usted, que es . . .

EL GERENTE (*que por fin logra interrumpirla*).—Perdóneme, señora, pero yo no alcanzo a comprender qué desea usted del banco o de mí. Sin duda usted se ha equivocado. Este es un banco particular, una institución privada, y usted, en cambio, tiene que hacer su reclamación ante la autoridad oficial, en la repartición donde su marido prestaba servicios.

LA SEÑORA.—¡Es claro! Así debiera ser, pero como yo me he presentado al jefe de su oficina, al subsecretario y al ministro, y ninguno ha querido atenderme, esta mañana tuve la feliz ocurrencia de pensar en usted, y me dije: el señor gerente del banco lo arreglará todo.

EL GERENTE.—¡Gracias!, señora de Chukin, pero es el caso que yo no veo la manera. . .

LA SEÑORA.—¿No?

EL GERENTE.—No, y créame que lo siento de veras.

LA SEÑORA.—Yo le traía estos papeles, por sí. . .

EL GERENTE.—Según estos papeles su marido trabajaba en el Ministerio de la Guerra, y es allí. . .

LA SEÑORA.—Sí, eso es, en el Ministerio de la Guerra, oficina de. . .

EL GERENTE.—Y es allí adonde debe usted recurrir. Nuestro establecimiento es particular, absolutamente particular, y no tiene nada, pero nada que ver con ese Ministerio. . .

LA SEÑORA.—¡Ah, ya comprendo! En ese caso, aquí tiene el certificado médico. Véalo; mi marido está realmente enfermo. Aquí está la firma legalizada.

EL GERENTE.—Sí, el certificado está en regla. Pero, se lo repito, eso no es cosa nuestra. ¿Acaso su esposo no sabe a dónde tiene que dirigirse para solucionar este asunto?

LA SEÑORA.—¿Mi marido? ¡Cómo se conoce que usted no se ha casado nunca con el pobre Chukin! Mi

marido, señor, no sabe nada de nada; es como un niño, por eso digo que yo soy una mujer indefensa . . . ¡Oh, si mi marido fuese otro! . . .

EL GERENTE.—Bien, señora, concluyamos. Un banco particular como éste, no tiene nada que ver con el Ministerio de la Guerra ni con ningún otro ministerio. De modo que . . .

LA SEÑORA.—De modo que . . . ya que se trata de un banco, creo que usted no tendrá inconveniente en ordenar que se me paguen esos cincuenta pesos, o una parte. El resto puede quedar para luego . . ., dentro de unos días.

EL GERENTE.—¡Dios mío! ¿Cómo podré hacerle comprender que nosotros no tenemos relación con el Ministerio de la Guerra? Oígame bien, señora: Presentar ese reclamo aquí es como ir a la farmacia a comprar telas, o . . .

LA SEÑORA.—¡Ay, tenga piedad de mí, caballero, que yo rogaré por usted y por toda su familia hasta que me muera! Ya no puedo más . . . Figúrese usted, todo el día con que los chicos, con que la ropa, con que mi esposo, con que la casa . . . ¡Estoy agotada!

EL GERENTE.—Sí, señora, sí, tiene usted toda la razón del mundo, y más, pero, ¿qué podemos hacer nosotros?

LA SEÑORA.—¡Pagarme! ¡Pagarle a esta pobre mujer indefensa!

EL GERENTE.—¡Dios! ¡Por favor, señora, usted pierde el tiempo y yo también!

LA SEÑORA.—Es que yo me conformo con . . .

EL GERENTE.—Un momento. (*Golpea las manos*).

EL SECRETARIO.—(*apareciendo*).—Señor.

EL GERENTE.—Hágame el servicio, secretario. Explíqueme a esta señora el trámite que . . .

EL SECRETARIO.—Inútil, señor. Ya lo hemos intentado, en vano, el contador, el tesorero, yo . . .

LA SEÑORA.—Sí, señor gerente, ya les he explicado a todos esos señores que yo no soy mujer para nada, que sólo por milagro estoy aquí . . .

EL GERENTE.—¡Maldito milagro!

EL SECRETARIO.—Vea, señora, escúcheme bien: éste es un banco particular, y . . .

LA SEÑORA.—Ya lo sé, y por eso he traído el certificado del médico, y este otro de la policía . . .

EL GERENTE (*agarrándose la cabeza*).—¡Qué mujer! ¡Qué mujer!

EL SECRETARIO.—Se ha propuesto volvernos locos a todos . . . ¡Hágala poner en la calle, señor gerente!

LA SEÑORA.—¿Qué? . . . ¿Qué es lo que se atreve a decir este hombre?

EL GERENTE.—Nada, señora, nada . . . ¡No grite, por favor!

LA SEÑORA.—Tiene razón. Hágame dar esos cincuenta pesos, y . . .

EL SECRETARIO.—¡Esto no tiene nombre!

LA SEÑORA.—Hágalo callar, señor gerente . . .

EL SECRETARIO.—¿Llamo al ordenanza?

EL GERENTE.—No, porque haría un escándalo.

LA SEÑORA.—¡Es claro, no voy a permitir que se me insulte! Soy una pobre mujer indefensa, pero acudiré a la justicia si es necesario . . .

EL GERENTE.—No, señora, no; todo se arreglará . . .

LA SEÑORA.—¡Ah!, ¿ordenará que me entreguen mi dinero?

EL GERENTE.—Vea, señora, ya le he explicado que éste es un banco particular, un banco privado, y que,

por lo tanto, no podemos hacer nada en su favor.
En cambio, usted nos impide trabajar. ✓

LA SEÑORA.—Sí, sí, lo comprendo muy bien, pero como he estado ya en todas partes, y estoy convencida de que si usted pone un poco de buena voluntad puede arreglar este asunto, no me moveré de aquí sin mi dinero. Mire: éste es el certificado médico, éste el de la policía, y éste...

EL GERENTE.—¡Qué horror, santo Dios! ¡Esta mujer es una!...

LA SEÑORA.—Sí, señor, soy una pobre mujer indefensa, y con estos certificados, que usted mismo me ha dicho que están en regla...

EL GERENTE (*vencido*).—¡En fin!, ¿cuánto es lo que tiene que cobrar?

LA SEÑORA.—¡Cuántas veces quiere que se lo diga? ¡Son cincuenta pesos con treinta centavos!

EL GERENTE.—Por favor, secretario, llévese a esta señora, hágale entregar esa cantidad y que la carguen en mi cuenta.

LA SEÑORA.—¡Ah, gracias, gracias! Y dígame, señor, ¿usted no podría hacer que lo repusiesen en el empleo?

EL GERENTE.—¡Por todos los santos! ¡Cobre ese dinero, y déjeme tranquilo! ¡No puedo más! ¡Estoy enfermo! ¡Me muero!

EL SECRETARIO.—Pase a cobrar, señora. Por aquí.

LA SEÑORA (*siguiendo al secretario*).—¡Ay, Dios mío!, nadie tiene compasión de las pobres mujeres indefensas . . .

↘

Un comerciante moderno

De un cuento de Arkady Averchenko

PERSONAJES

EL CAMPESINO.

EL SEÑOR ROLAND.

ALBERTO, niño de nueve años.

DECORACIÓN: *Una florida campiña con los detalles escenográficos que marca el texto. En primer término, a la derecha, un banco rústico.*

ALBERTO (*que con su padre aparece por la derecha*).—
¿No quieres que descansemos en este banco, papá?

EL SEÑOR ROLAND. (*sentándose*).—Sí, hijo; sentémonos en este banco; (*su hijo lo imita*) así podremos admirar cómodamente este delicioso paisaje. (*En este momento aparece, también por la derecha, el campesino, quien, sin ser sentido, pónese detrás del banco; saca del bolsillo una libreta de apuntes y un lápiz y va haciendo anotaciones*).

ALBERTO.—Si yo fuese un gran pintor como tú, vendría a trabajar aquí.

EL SEÑOR ROLAND.—Y tendrías que trabajar de firme, te lo aseguro; se necesita mucha habilidad y mucha inteligencia para conseguir esos verdes que se aproximan tanto al negro, y esos rojos que se acercan tanto al blanco. . .

ALBERTO.—¿Verdes que se aproximan al negro? . . . ¿y rojos que se acercan al blanco? . . . No te entiendo, papá.

EL SEÑOR ROLAND.—Por ahora no importa que no entiendas eso que los pintores llamamos los problemas del color, y que. . .

ALBERTO.—¡Ay, papá, cada vez entiendo menos!

EL SEÑOR ROLAND.—¡No importa, criatura, no importa!, con tal que tus ojos miren, con tal que tus ojos traguen ese camino que envuelve la montaña; ese montecito que flota como una nube en el horizonte; esa casita de paredes blancas y de techo rojo, que no sé por qué me dilata el corazón; ese molino que tan finamente se dibuja en el claro lienzo del cielo; ese río que desarrolla su cinta de seda sobre el terciopelo verde de los campos. . .

ALBERTO.—¡Ay, papá, con ser tan hermoso todo lo que veo, todavía me parece más hermoso lo que dices!

EL SEÑOR ROLAND.—Y la verdad, sin embargo, es todo

lo contrario. Jamás el arte del hombre podrá igualar las bellezas naturales que en vano trata de reproducir o de definir en libros, partituras, cuadros y estatuas. . . Pero no nos distraigamos con palabras inútiles, cuando podemos gozar de toda esta hermosura: Mira cómo luce entre los trigales la camisa blanca de aquel hombre que trabaja en los surcos. . .

EL CAMPESINO (*guarda sus apuntes y pone una mano en un hombro del señor Roland y otra en un hombro de Alberto*).—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué han venido a hacer aquí?

ALBERTO.—¡Dios mío, qué susto me ha dado este hombre!

EL SEÑOR ROLAND.—¿Y con qué derecho se atreve usted a hacernos semejantes preguntas?

EL CAMPESINO.—¿Cómo con qué derecho? . . . Pues con el que me acuerdan los títulos de propiedad de estos terrenos. Yo soy el dueño de este campo, de este río, de este. . .

EL SEÑOR ROLAND.—Pero, señor, le advierto que nosotros no pensábamos comernos ni llevarnos la más mínima parte de su campo ni de su río, ni de su. . .

EL CAMPESINO.—No lo dudo, pero es el caso que yo no recuerdo que hayan solicitado mi permiso para venir a pasearse por mis dominios. . .

EL SEÑOR ROLAND.—No puede recordarlo, porque no ha mediado tal petición, que no ha podido mediar desde que, hasta ahora mismo, desconocíamos su calidad de propietario.

ALBERTO.—Aquí no hay letrado alguno que lo diga . . .

EL CAMPESINO.—¿Un letrado? ¿Y dónde has visto tú letrados de éstos?

ALBERTO.—En los mapas . . . En los planos . . .

EL CAMPESINO.—¿Qué poco saben estos chicos! ¿Y eso es lo que os enseñan en la escuela? ¡Los campos no son mapas ni planos, hijito!

EL SEÑOR ROLAND.—Sin embargo, usted se evitaría inconvenientes como éste, si mandara poner un letrado que dijera: "CAMPO DEL DIABLO FULANO DE TAL".

EL CAMPESINO.—¡Ah, sí! ¿Con que yo soy para ustedes el Diablo Fulano de Tal? . . . ¿Y quién los ha llamado a mi infierno? ¡A ver, contesten!

ALBERTO.—Es que nos hemos perdido . . .

EL CAMPESINO.—¿Per-di-do? El que se extravía, busca su camino, y ustedes, en cambio, prefirieron quedarse a contemplar el paisaje.

EL SEÑOR ROLAND.—¡Ahá! ¿Y a usted le perjudica en

algo que mi hijo y yo nos hayamos detenido a admirar la belleza de estos lugares? ¿Le cuesta su dinero? . . . ¿Entorpece sus negocios o sus trabajos? . . .

EL CAMPESINO.—No pierdo nada, pero tampoco me produce ganancia.

EL SEÑOR ROLAND.—¡Cómo! ¿Y qué ganancia pretende usted que le produzca?

EL CAMPESINO.—Pues una ganancia equitativa, señor; la ganancia que corresponde, y nada más.

EL SEÑOR ROLAND.—Francamente, no lo entiendo . . .

ALBERTO.—Y yo tampoco . . .

EL CAMPESINO.—Un momentito, un momentito, que ya me haré entender . . . Con el permiso de ustedes voy a sentarme en mi banco; oigan bien: ¡en-mi-ban-co, que-está-en-mi-cam-po! ¡En-mi-cam-po! Creo que me explico, ¿eh? . . . ¡Ahahá! . . . ¡Muy bien! Y ahora que estoy cómodo, razonemos: ¿Ustedes creen que este campo, con este monte y ese río, que estas cuatrocientas hectáreas de campo flor, me las han dado por mi bonita cara?

ALBERTO.—¡Ay, no, señor! . . . Por una cara como ésa, no creo que nadie le diera ni un metro cuadrado . . .

EL CAMPESINO.—¿Verdad que no? Más lógico es su-

poner que he debido pagar monedita sobre monedita, ¿no es eso?

EL SEÑOR ROLAND.—En efecto. Le habrán costado poco, pero algo habrá tenido que pagar.

EL CAMPESINO.—¡Sí, señores, sí; no me resultaron demasiado caras, pero, con todo, he enterrado aquí bastante dinero, no crean! . . . ¿No es justo, entonces, que ese capital me produzca alguna renta?

EL SEÑOR ROLAND.—Sí, es justo.

EL CAMPESINO.—¡Muy bien, muy bien, veo que son ustedes personas razonables! Y ya que es así, díganme con franqueza, con entera franqueza, ¿no les ha proporcionado un verdadero placer la contemplación de mi-pai-sa-je?

EL SEÑOR ROLAND.—¡Oh, sí, señor; el paisaje es maravilloso, maravilloso!

ALBERTO.—¡Espléndido!

EL CAMPESINO.—Ya veo que vamos a entendernos perfectamente. Háganme el favor de seguir mi razonamiento: ¿Con qué derecho pueden ustedes venir aquí a pasarse horas enteras contemplando mi-pai-sa-je, plantados como postes o sentados en mi-có-mo-do-ban-co, sin pagar nada? . . . ¿Es que cuando ustedes van al teatro no abonan la entrada? ¿O es que hay alguna diferencia entre una cosa y otra?

EL SEÑOR ROLAND.—¡Claro que la hay, y muy grande! Las empresas teatrales gastan sumas enormes en poner las obras; en mantener las compañías y las orquestas; en impuestos, en personal técnico, en avisos, en luz . . .

EL CAMPESINO.—¿Y yo? ¿Yo no gasto nada? ¡Mucho, señor, yo gasto mucho! Todo esto me cuesta un ojo de la cara . . . Por ejemplo, ¿ven ese peón cuya camisa blanca admiraban hace poco? ¿Creen que no me cuesta nada? Pues sepan que le pago nada menos que cuarenta pesos al mes.

EL SEÑOR ROLAND.—Permítame; ¿esos cuarenta pesos se los paga para que adorne el paisaje?

EL CAMPESINO.—¡No faltaba más que eso, ahora! Le pago para que trabaje la tierra, pero la camisa blanca se la he dado yo . . .

EL SEÑOR ROLAND.—¡Concluyamos, señor! ¿Usted pretende que le pague por haber contemplado su pai-sa-je, no es verdad?

EL CAMPESINO.—Eso, eso mismo.

EL SEÑOR ROLAND.—Muy bien.

EL CAMPESINO (*frotándose las manos, satisfecho*).—
¡Ya sabía yo que terminaríamos entendiéndonos!

ALBERTO (*asombrado*).—¿Vas a pagarle, papá?

EL SEÑOR ROLAND.—No te precipites, muchacho. (*Al campesino*). Venga la cuenta, porque quiero una factura en regla, según se exige en el comercio.

EL CAMPESINO.—¡Cómo no, señor mío! Yo le presentaré un documento con todos los requisitos del código.

EL SEÑOR ROLAND.—Bueno, cuando me traiga la cuenta, hablaremos. Ahora, ¡márchese! ¡Déjenos en paz, no nos estropee más tiempo el espectáculo!

EL CAMPESINO (*ofendido*).—¡Caballero, me habla usted en un tono, que! . . .

EL SEÑOR ROLAND.—En el que se tiene derecho a emplear cuando se paga. ¡Y no me moleste ni un minuto más, aléjese de mí vista!

EL CAMPESINO.—Disculpe, señor, que ya no he de molestarlo mucho tiempo más. . . (*Sacándola del bolsillo*). Aquí tiene usted la cuenta, extendida en forma.

EL SEÑOR ROLAND.—¡Cómo! . . . ¿Qué es esto? ¿La traía hecha?

EL CAMPESINO.—Sí, señor, las preparo anticipadamente para comodidad de mis clientes. . .

ALBERTO.—¡Qué colmo!

EL SEÑOR ROLAND.—¡Sí que está bueno! ¡Jamás me hubiera imaginado nada por el estilo! ¡En fin, veamos qué es esto! (*Leyendo*). Chacra "La Esmeralda", propiedad de Iván Kokurlov: Señor N. N. DEBE: Por la contemplación de cuatrocientas hectáreas de campo flor, dos pesos.

ALBERTO.—¡Qué barbaridad!

EL CAMPESINO.—No es ninguna barbaridad tratándose de un campo como éste.

EL SEÑOR ROLAND (*prosiguiendo la lectura*).—Por el río . . .

EL CAMPESINO (*leyendo su libreta de apuntes*).—Que desarrolla su cinta de seda. (*Obsequioso*). Así dijo usted; aquí lo tengo anotado.

EL SEÑOR ROLAND (*leyendo*).—Un peso. Por un peón . . .

EL CAMPESINO (*leyendo*).—Cuya camisa blanca luce entre los trigales.

EL SEÑOR ROLAND (*leyendo*).—Sesenta centavos. Por el camino . . .

EL CAMPESINO (*leyendo*).—Que envuelve la montaña; recuerde sus palabras.

EL SEÑOR ROLAND.—Cincuenta centavos. Por una casita . . .

EL CAMPESINO (*leyendo*).—De paredes blancas y techo rojo . . .

EL SEÑOR ROLAND (*leyendo*).—Un peso y cincuenta centavos.

ALBERTO.—¡No pide nada, este hombre!

EL SEÑOR ROLAND (*leyendo*).—Por un molino . . .

EL CAMPESINO (*leyendo*).—Que tan finamente se dibuja en el claro lienzo del cielo; (*hablado*): lo felicito por la hermosa frase.

EL SEÑOR ROLAND (*leyendo*).—Cuarenta centavos. Total: seis pesos. S. E. u O.

ALBERTO.—Déjame ver, papá. (*Echando un vistazo a la factura*). ¡Es una verdadera factura; no falta ni el "Salvo error u omisión" de práctica!

EL CAMPESINO.—Ya ve que todo está en regla . . .

EL SEÑOR ROLAND.—No, señor; creo que no. Usted ha incluido aquí algunas cosas sobre las que no tiene ningún derecho.

EL CAMPESINO.—Veamos, veamos . . . Puede ser . . .

Por eso he puesto al pie de la factura aquello de: "Salvo error u omisión"... Uno no es infalible, no es una máquina...

EL SEÑOR ROLAND.—Aquel molino...

EL CAMPESINO (*buscando en la libreta*).—¿Qué?...
¿No lo han admirado ustedes?

EL SEÑOR ROLAND.—Sí que lo hemos admirado, pero ese molino no es suyo, no le pertenece...

EL CAMPESINO.—¿Y qué?

EL SEÑOR ROLAND.—¿Cómo!, ¿y qué? ¡Que no siendo suyo, no tiene por qué cobrarme su contemplación!

EL CAMPESINO.—¡Ay, amigo mío!, ¡qué cosas dice usted! ¡Yo no le vendo el molino, únicamente le vendo el derecho a contemplarlo desde aquí! El molino no es propiedad mía, pero este sitio sí.

EL SEÑOR ROLAND.—¿Qué enormidad!... ¡Qué disparates!

EL CAMPESINO.—No, señor, no; éstos no son disparates. Ese molino, visto de cerca, no vale nada; es una ruina viejísima, fea, sin ninguna poesía; usted no pagaría nada por ella si la tuviera al alcance de la mano; en cambio, desde aquí, fíjese,

fijese cómo gana... ¡qué hermosa resulta!...
Hágame el favor, mírela desde aquí; entorne un
poquito los ojos . . .

EL SEÑOR ROLAND.—¡No quiero entornar nada, ea!
Ahora lo único que deseo es saber cómo se atreve
a cobrarme un peso y cincuenta centavos por ad-
mirar aquella miserable casita . . .

EL CAMPESINO.—¡Ay, señor, no ofenda a una casita
tan mona! (*Buscando en la libreta*). Una casita
que-no-sé-por-qué di-la-ta-el-co-ra-zón, creo que
merece algún respeto. Y además, señor, esas dila-
taciones hay que pagarlas.

EL SEÑOR ROLAND.—¡No tan caras, mi amigo! Uste-
des, los propietarios, están poniendo el mundo
imposible; yo no pago un peso y medio por con-
templar una casa que apenas si alcanza a levan-
tarse del suelo; no, no; esto es como para ponerse
a gritar: ¡Ladrones, socorro, socorro! (*Pausa*).
Vamos, ya que me ha felicitado por una de mis
frases, rebájeme alguna cosita; rebájeme esos cin-
cuenta centavos . . .

EL CAMPESINO (*con grandes aspavientos*).—¡Imposi-
ble, señor, imposible, materialmente imposible!
¡Créame que no puedo! ¡No le cobro ni un cen-
tavo de más! ¡Son precios de verdadera liquida-
ción! ¡Si el techo solito, señor, el techo solito vale
el peso y cincuenta! Véalo, ¡no le resulta simpá-

tico? Por ser para usted no le cobro nada por las paredes blancas, ellas también tienen su mérito. . .

EL SEÑOR ROLAND.—¡Vaya por el simpático techo rojo! . . . y pasemos al camino, porque el camino, ¡supongo que no tendrá el valor de afirmar que me lo cobra barato?

EL CAMPESINO.—¡Ay, señor, señor . . . el camino no solamente es barato, sino que es baratísimo; es una pichincha! ¡El camino es tirado, lo que se dice: ti-ra-do!

EL SEÑOR ROLAND.—Le advierto que apenas si lo hemos mirado, y no creo que un camino como éste valga mucho. . .

EL CAMPESINO.—¡Dios mío!, ¿cómo se atreve a decir eso de un camino tan hermoso? ¡Un camino como éste no lo encontraría usted ni en el centro de Buenos Aires, ni en París, ni en . . .! ¡Tenga la seguridad de que un inglés o un francés no me hubieran dado nunca semejante disgusto; ellos saben bien lo que es un camino y lo pagan sin regatear. . .

EL SEÑOR ROLAND.—Bien, hombre, bien, no se ponga así por tan poca cosa; yo no he querido ofenderlo. . . Le pagaré, ¿qué vamos a hacer? . . . Aunque a estos precios no creo que llegue usted a formarse una clientela. . . (*Dándose un golpe en la frente*). ¡Ah! . . ., pero, ¡qué tonto he sido! . . .

EL CAMPESINO.—¿Por qué?

EL SEÑOR ROLAND.—Porque ya iba a pagarle, y ahora veo que esta cuenta no está en regla. ¡Le falta la estampilla fiscal!

EL CAMPESINO.—¿La estampilla fiscal? ¡No corresponde, distinguido señor! La estampilla fiscal se exige únicamente en los recibos por más de veinte pesos. . . . ¿No lo sabía?

EL SEÑOR ROLAND.—¡Este diablo lo sabe todo! ¡Vaya! Aquí tiene usted su dinero, es decir, mi dinero.

EL CAMPESINO.—Permítame la cuenta, voy a ponerle el recibo. (*Lo hace, y al devolverla:*) Gracias, señor. Y a sus órdenes. . . . Ya lo sabe: constantemente recibo novedades, de modo que en sus próximas visitas podrá admirar otras bellezas.

ALBERTO.—¡Ay, papá, mira para allá; mira qué hermosura de pino! . . . ¡Qué hermosura! ¡Jamás he visto un árbol como ése! Es digno de figurar en tus cuadros. . . . ¡Píntalo, papá!

EL SEÑOR ROLAND (*tapándole la boca con la mano*). —¡Cállate, hijo, mío, y aparta los ojos de ese árbol, si no quieres arruinarme! ¡Figúrate lo que nos cobraría ese hombre por la contemplación de semejante maravilla! . . .

Un hombre digno

De la novela "Mi tío Benjamín", por Claude Thillier

PERSONAJES

BENJAMIN.
BUENATINTA.
LORENZO.
ROSARIO.

DECORACIÓN: *Un saloncito con dos puertas laterales*

BENJAMÍN (*que escribe un instante en silencio, abandona su trabajo al oír unas palmadas*). —¡Pase!
(*A Buenatinta, que entra por derecha con un rollo de papeles en la mano*). ¿Qué es eso, amigo Buenatinta?

BUENATINTA.—¿No lo adivina usted, señor doctor?

BENJAMÍN.—¿Otra vez la cuenta? ¿Su eterna cuenta, señor Buenatinta? ¡Dios mío! Me la ha presentado tantas veces que ya la sé de memoria: "Dos trajes, cuatro pantalones y un chaleco de fantasía", ¿no es eso?

BUENATINTA.—Justamente. Total: cuatrocientos setenta y nueve pesos.

BENJAMÍN.—Cuatrocientos setenta y nueve pesos... ¡Si tengo una memoria privilegiada!

BUENATINTA.—Aquí tiene la factura.

BENJAMÍN.—Pero, señor Buenatinta, ¿para qué sigue emborronando papeles, si los dos sabemos que yo nunca tengo dinero?

BUENATINTA.—Hoy lo tiene. Aquí veo sobre su mesa unos billetes amarillos, y los billetes amarillos valen cien pesos cada uno. Deme usted cinco de esos billetes, y...

BENJAMÍN (*guardando el dinero en el bolsillo*).—¡Ah, no! Este dinero no es mío. Precisamente estaba escribiendo una carta para devolver estos billetes que no me pertenecen. Lea usted. (*Le alarga la carta*).

BUENATINTA (*rechazándola*).—Es inútil. Lo que yo deseo saber es cuándo será usted poseedor del dinero necesario para saldar esta cuenta.

BENJAMÍN.—¡Yo también quisiera saberlo!

BUENATINTA.—Pues le advierto que ya lo he demandado.

BENJAMÍN.—¿Y para decirme eso pone tan mal gesto?

BUENATINTA.—¿Quiere que me sonría?

BENJAMÍN.—No se sulfure, amigo Buenatinta.

BUENATINTA.—Otros se sulfuran por menos. Hace tres años que me debe ese dinero . . .

BENJAMÍN.—¿Y qué culpa tengo yo de que nadie se enferme en este pueblo? ¡Hace tres años que no receto nada! ¡Ni purgantes! . . .

BUENATINTA.—Es que mi mujer dice que usted no me paga porque yo soy un imbécil.

BENJAMÍN.—No le haga caso; las mujeres exageran siempre. Sin embargo, su señora es muy amable; hágame el favor de presentarle mis saludos.

BUENATINTA.—Gracias, pero le aseguro que a ella le agradecería más que le presentase su dinero.

BENJAMÍN (*iracundo*).—¡Pero, amigo! Si no le he saldado ya esta cuenta, ha sido por culpa suya. Todos los sastres han estado enfermos una vez al año, por lo menos, mientras que a usted y a su señora no hay rayo que los parta. ¡Y yo que pensaba que usted y su esposa serían mis mejores clientes!

BUENATINTA.—¿Así que mi esposa y yo estamos obligados a enfermarnos?

BENJAMÍN.—¡Claro! Tan obligados a enfermarse como yo a vestirme; si yo me visto, usted puede enfermarse; y si usted se enferma, yo puedo vestirme, ¿entiende? Si hubiera sabido que ustedes no acostumbraban a enfermarse, jamás me hubiera hecho la ropa en su casa. ¡No faltaba más! Eso de no enfermarse es una incorrección, o por lo menos un error. Si usted y su señora esposa fueran personas razonables, yo no le debería más de diez pesos; el resto me hubiera correspondido en calidad de honorarios. Así que, señor Buenatinta, aquí tiene esos diez pesos, y demos por saldada la cuenta. Ocasiones como ésta no se presentan todos los días. Acéptelos; yo me libero de esa pesadilla, y usted reconoce que ha cometido un error no enfermándose en tanto tiempo.

BUENATINTA.—Los acepto a cuenta.

BENJAMÍN.—Acéptelos como saldo total, y crea que hago un verdadero sacrificio.

BUENATINTA.—Le recuerdo que he presentado una demanda contra usted.

BENJAMÍN.—¡Qué poca confianza tiene en los amigos! ¿Por qué hace gastos inútiles? ¿Quiere embargarme? Pues empiece ya mismo, sin necesidad

de pagar procurador ni papel sellado. Llévase lo que quiera. Todo está a su disposición.

BUENATINTA.—¿Sí? ¿De verdad? ¿Puedo llevarme lo que quiera? ¿No! . . . ¡Estoy soñando!

BENJAMÍN.—No, mi amigo, no sueña. Yo mismo le ayudaré a empaquetar las cosas. Veamos que hay en este armario . . .

BUENATINTA.—No hace falta. Lo haré llevar con todo lo que hay adentro.

BENJAMÍN.—¡Ay, no, eso no! El armario es de mi hermana, como todos estos muebles.

BUENATINTA.—¡Ah, discúlpeme!

BENJAMÍN (*abriendo el armario*).—Este es mi estuche de cirugía.

BUENATINTA.—¡Venga! ¡Venga!

BENJAMÍN.—¡Un momento! Los útiles profesionales no son embargables. ¿No lo sabe?

BUENATINTA.—¿Y este sacacorchos tan fino?

BENJAMÍN.—¡Ah!, tampoco. Es un recuerdo de familia. ¡Y la familia es sagrada!

BUENATINTA.—¿Y este reloj de oro?

BENJAMÍN.—También es un recuerdo; me lo obsequió un amigo.

BUENATINTA.—Los recuerdos de los amigos son embargables.

BENJAMÍN.—¡No! La amistad se resentiría.

BUENATINTA.—Entonces, no podré llevarme nada.

BENJAMÍN.—¿Cómo nada? ¿Y aquellos frascos? Se los doy con las arañas que hay adentro, y las telas que hay afuera. Y aquel pájaro disecado también. Y este aparato roto. ¡Lleve! ¡No se preocupe, que yo sin todo eso me arreglo lo mismo!

BUENATINTA.—Esto es una burla...

BENJAMÍN.—No, señor, esto es una víbora. ¡Mírela bien! Yo mismo la preparé y la puse en este frasco. Está quebrado, pero no importa; el líquido no se vuelca. ¡Llévelo!

BUENATINTA.—¡Esto es demasiado! (*Va a irse, furioso*).

BENJAMÍN.—¡Qué va a ser demasiado, lo que yo le debo es mucho más! Tome este cuadro y esta colección de revistas. ¡Le van a entretener!

BUENATINTA.—¡Basta!

BENJAMÍN.—De ningún modo. Usted tiene derecho a mil cosas más.

BUENATINTA.—¡He dicho que basta!

BENJAMÍN.—Espere que saquemos estas ropas. . . (*Descuelga algunas prendas polvorientas y las arroja al suelo; entre la nube de polvo, estornudan y saltan pisoteando las arañas que se desbandan*).

BUENATINTA.—¡Uf, cuánto bicho!

BENJAMÍN.—¡Cuidado con esa araña! ¡Mátela! ¡Cuidado, señor Malatinta, digo Buenatinta, perdón!

BUENATINTA (*escapando por la derecha*).—¡Mañana tendrá noticias de mí!

BENJAMÍN (*riendo*).—¡Me será muy grato! (*Va a continuar su trabajo, pero al sentarse a escribir se le presenta, por derecha*).

LORENZO.—¿Qué le has hecho a Buenatinta, que ni siquiera me ha saludado?

BENJAMÍN.—Ese viejo imbécil se enfada porque no puedo pagarle, como si eso no me contrariase a mí más que a él.

LORENZO.—¿No tienes dinero? ¡Y yo que venía a proponerte un negocio!

BENJAMÍN.—¿Qué negocio?

LORENZO.—Un negocio y una buena acción.

BENJAMÍN.—Explícate.

LORENZO.—A eso voy: una pobre mujer quiere vender en cincuenta pesos un anillo que vale cien. Como está en la miseria .

BENJAMÍN.—Cuando no se tiene dinero es muy difícil hacer buenas acciones.

ROSARIO (*entra por derecha con dos piezas de tela blanca*).—Toma, Benjamín; una verdadera ocasión... Un vendedor ambulante me dejó estas dos piezas de bramante en veinte pesos, fíjate, en veinte pesos nada más, lo que vale una sola . . . Se las compré porque, como necesitas camisas, pensé que te convendrían.

BENJAMÍN.—¡Qué buena eres, hermanita! Pero, no sé si debo aceptar ese regalo . . .

ROSARIO.—Si no te las regalo . . . Yo te las coseré, pero la tela tienes que pagarla . . . Y en seguida, porque el hombre está esperando el dinero.

BENJAMÍN (*tirando las telas*).—¡Al diablo tú y la tela! Es decir, al diablo no, a la puerta. ¡Devuelve eso!

ROSARIO.—¿Y por qué? ¿Te parece caro?

BENJAMÍN.—Cualquier precio es caro para quien no tiene dinero. . .

ROSARIO.—¿Y el que recibiste esta mañana?

BENJAMÍN.—No me correspondía. Me enviaron seiscientos pesos, y sólo me deben sesenta.

ROSARIO.—¿Y vas a devolver el excedente? ¡Si mi marido hiciera ese disparate!

BENJAMÍN.—¿Qué?

ROSARIO.—¡Pobre de él!

BENJAMÍN.—Pues me felicito de no ser tu marido.

ROSARIO.—¡No lo devuelvas, Benjamín!

BENJAMÍN.—¡Gran Dios! ¿Qué dices?

ROSARIO.—¡Que te hace falta lo más indispensable!
¡Que no tienes ya qué ponerte! ¡Que las camisas se te caen a pedazos! ¡Que. . .!

BENJAMÍN.—¿Y por tan poca cosa, ya no puedo ser persona decente?

ROSARIO.—¿Acaso es persona decente la que no paga sus deudas?

BENJAMÍN.—Cuando tenga dinero las abonaré. ¡Hasta los ricos dejan de pagar cuando no tienen con qué!

ROSARIO.—¿Y qué le digo al hombre de las telas?

BENJAMÍN.—Lo que quieras; que he resuelto no usar camisas, o que tengo trescientas...

ROSARIO (*desapareciendo con las telas, por derecha*).—
¡A pesar de toda tu inteligencia, nunca dejarás de ser un tonto!

LORENZO.—Tu hermana tiene razón. Si eso es honradez, la honradez es una tontería.

BENJAMÍN.—¡Calla! Esto, además de honradez, es legítimo y noble orgullo; es respeto de sí mismo; dignidad. ¿Quieres que mi cliente pueda decir que dió una propina a su médico, al doctor Benjamín? ¿Quieres que acepte lo que acepta un criado, un lustrabotas? Por lo que acaba de decir mi hermana, sabes cuánta necesidad tengo de camisas; pues bien, ni por todo el lino de Holanda consentiría en que haya una mirada ante la cual tenga que ceder la mía. No, no me quedaría con ese dinero aunque me fuera en ello la vida. ¡Los hombres de mi clase debemos dar estos ejemplos!



DIALOGOS

DEALOGOS

Un préstamo

De un artículo de Guillermo D. Ferrol

PERSONAJES

EL SEÑOR.

LA SEÑORA.

DECORACIÓN: *Una sala.*

LA SEÑORA.—¡Pues sí que me ha tocado un marido generoso! ¡Quisiera saber quién te prestaría a ti cinco pesos con la facilidad con que tú se los prestas a cualquiera! Pero, así va el mundo... Tu mujer que se mate trabajando, que tú ya tienes, ya, a quien prestarle cinco pesos. ¡Y pensar que hace más de tres años que yo no me decido a gastarlos en un batón, para que tú, luego, se los regales al primero que te los pide!...

EL SEÑOR.—Es que...

LA SEÑORA.—Es que... para ti, los tuyos no representamos nada, en cambio, los amigos... ¡ah!, los amigos merecen todas tus atenciones y todos tus sacrificios. ¡Ah, y ahora que recuerdo, es bueno

que te diga que no he mandado poner el vidrio que falta en el dormitorio de nuestros hijos! Pero, ¿para qué te lo digo, si a ti con tal de que tus amigos digan que eres generoso no te importa que tus hijos se hielen y se mueran?

EL SEÑOR.—Mujer, ¡qué cosas dices!

LA SEÑORA.—Marido, ¡qué cosas haces! Porque, dime, la póliza contra incendios, ¿la pagarán tus amigos, verdad? Ya sabes que nosotros no podremos, ¡no podremos de ninguna manera! Y eso, ahora que hay tres y cuatro incendios por día en el barrio. . . Pero, ¿qué importa que tu familia llegue a morir achicharrada si en su tumba podrá ponerse un epitafio que diga: "El jefe de esta familia vivió para sus amigos"?

EL SEÑOR.—¡Dios, Dios!, ¡dame fuerzas para soportar esto!

LA SEÑORA.—¡Ah!, ¿ahora te desesperas? Pues es tarde; los cinco pesos ya han volado de tu cartera, y no volverán. . . Pero, ¿para qué me canso hablando, si ya sé que no harás caso de mis palabras por sensatas que sean? Siempre tendrás cinco pesos para prestárselos al primero que te los pida, y entretanto a nosotros, ¡que nos parta un rayo! ¿Qué? . . . ¿Te vas?

EL SEÑOR.—Sí, hija, voy a ver si encuentro algún amigo ¡que necesite cinco pesos!

A oscuras

De una novela de Carlos Dickens

PERSONAJES

EL CABALLERO.

LA DAMA.

DECORACIÓN: *Un dormitorio antiguo. Una cama oculta por largos cortinados.*

EL CABALLERO (*aparece con una maleta y una vela encendida*).—Creí que ya no iba a poder dar con mi habitación... En fin, ahora sólo faltaría que hubiese traído el equipaje de otro pasajero... (*Abre la maleta*). No: aquí está mi ropa. Veamos: el camisón, el gorro de dormir, las pantuflas... ¡Muy bien! Ahora, a cambiarme, y después a descansar, aunque, ¡maldito lo que yo descanso en estas camas de hotel! (*Llevando las ropas se oculta detrás de las cortinas. Un instante después, asoma la cabeza*). ¡Y ese ruido?... ¡Horror! ¡Empujan la puerta!... (*Apaga la vela y se oculta nuevamente*).

LA DAMA (*apareciendo con una maleta y una vela encendida*).— Creí que ya no iba a poder dar con mi habitación. . . En fin, ahora sólo faltaría que hubiese traído el equipaje de otro pasajero. . . (*Abre la maleta*). No: aquí está mi ropa. Veamos: el camisón, la cofia, las chinelas. . . ¡Muy bien! Ahora, a cambiarme, y después a descansar. . .

EL CABALLERO (*tosiendo en su escondite*).—¡Hem!... ¡Hem!

LA DAMA.—¡Eh! . . . ¿Qué es esto?

EL CABALLERO (*asomándose entre las cortinas, con el gorro de dormir encasquetado hasta las orejas*).— Es. . . ¡un caballero! (*Permanece en esta actitud hasta que lo marca el diálogo*).

LA DAMA.—¡Horror! . . . ¡Un caballero en mi cuarto!

EL CABALLERO.—Señora, yo le ruego. . .

LA DAMA.—¡Miserable! ¿Qué busca usted aquí?

EL CABALLERO.—Nada, señora; yo no busco nada; es decir, buscaba mi habitación. . .

LA DAMA.—¿Y no se le ocurre nada mejor que buscar su habitación en la mía?

EL CABALLERO.—Me muero de vergüenza, señora, pero es que . . . ¡he confundido las puertas! . . .

LA DAMA.—Si ese cuento increíble es verdadero, desaparezca inmediatamente de mi vista . . .

EL CABALLERO.—Lo haré con el mayor gusto.

LA DAMA.—¡Salga ya, o . . . !

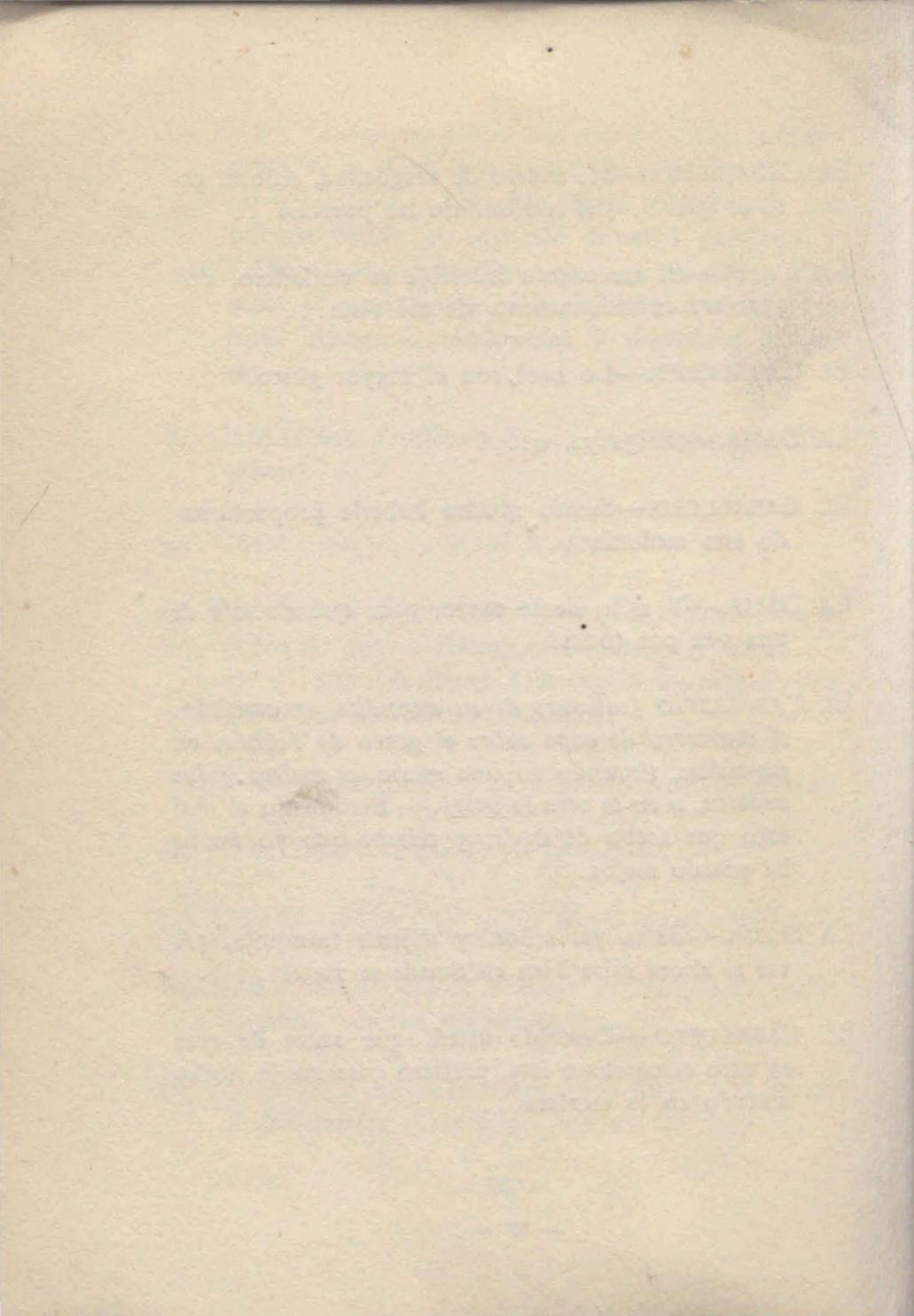
EL CABALLERO.—Siento mucho haberle proporcionado esta molestia . . .

LA DAMA.—Y si lo siente tanto, ¿por qué no sale de una vez por todas?

EL CABALLERO (*saliendo de su escondite, en camisón, el sombrero de copa sobre el gorro de dormir, en pantuflas, llevando en una mano la maleta y los zapatos, y en la otra la vela*).—Perdóneme el mal rato que acabo de darle, y créame que yo no lo he pasado mejor . . .

LA DAMA.—Basta ya, señor, y déjeme tranquila. ¡A ver si ahora mira bien en donde se mete!

EL CABALLERO.—Descuide usted, que antes de caer en otro error como éste, prefiero pasarme la noche sentado en la escalera . . .



El hijo orgulloso

De un apólogo de León Tolstoy

PERSONAJES

EL PADRE.

EL HIJO.

DECORACIÓN: *El patio de una casa de campo.*

EL PADRE.—¿Qué tal? ¿Has descansado bien, muchacho?

EL HIJO.—Admirablemente, papá. He dormido toda la noche como no dormí ninguna en el colegio...

EL PADRE.—Me alegro... porque, siendo así, no tendrás inconveniente en ayudarme a segar, ¿no es eso? ¡Ea!, búscate por ahí un rastrillo y ven, que conviene aprovechar la fresca.

EL HIJO.—¿Un rastrillo?... ¿Has dicho un rastrillo?

EL PADRE.—Sí. un rastrillo...

EL HIJO.—Y, ¿qué es eso?

EL PADRE.—¿Quieres burlarte de tu padre?

EL HIJO.—¡No! Es que te juro que he olvidado por completo qué es eso que tú llamas rastrillo. . .

EL PADRE.—¿Es posible?

EL HIJO.—Sí, papá. . . Tú sabes que en la ciudad, o por lo menos en el colegio, entre cuyas paredes he pasado el año entero, no hay ocasión de usar, y ni siquiera de ver, más herramientas que las del estudio: lápices, plumas, compases, reglas, tinteros. . .

EL PADRE.—Bien, hijo, bien. . . Ahora no tengo tiempo, pero ya trataré de ayudarte a refrescar tus conocimientos de las cosas de campo. . . Entretanto, vé a darle los buenos días a tu madre. Hasta luego. . .

EL HIJO.—Hasta luego, papá. . . (*Al dar unos pasos para retirarse, pisa un rastrillo cuyo mango viene a darle un golpe*). ¿Quién habrá sido el imbécil que dejó aquí este rastrillo? (*Se muerde los labios y hace un gesto de impaciencia*).

EL PADRE.—¿Cómo? . . . ¡Ahá! ¿Así que empiezas a recobrar la memoria? Pues te felicito y me felicito, y ahora que has recordado qué cosa es un rastrillo, tómalo y ven conmigo a los surcos, que ya te enseñaré allí para qué sirve. . .

El rebuzno

De un chascarrillo de Juan Valera

PERSONAJES

PEDRO.
VICENTE.

DECORACIÓN: *Una sala.*

PEDRO.—Buenos días, don Vicente.

VICENTE.—Buenos días, amigo. ¿Qué buen viento lo trae por aquí? ¿En qué puedo servirle?

PEDRO.—Pues nada, que yo he pensado que... Digo que, confiando en su amistad, he pensado que... espero que...

VICENTE.—Vaya, desembuche, amigo... ¿De qué se trata?

PEDRO.—Pues, verá... La verdad es que yo he hachado algunos quebrachos en el monte, y tengo varias cargas de leña que quisiera vender en el pueblo...

VICENTE.—¡Muy bien pensado!

PEDRO.—¿Sí, eh? Pues, ya que a usted le parece bien, creo que no tendrá inconveniente en prestarme su burro para traer la leña . . .

VICENTE.—¿Eh? ¿Cómo dice?

PEDRO.—Que si usted me prestara su burro, yo . . .

VICENTE.—¡Cuánto lo siento! ¡Parece que el diablo lo hubiera combinado, porque da la maldita casualidad de que esta mañana mi hijo se fué al pueblo montado en el burro!

PEDRO.—¡Qué lástima! Pero, ¿mañana podrá prestármelo, verdad?

VICENTE.—Es que, desgraciadamente, el muchacho no volverá hasta la semana que viene.

PEDRO.—¡Qué mala suerte!

VICENTE.—¡Sí que es mala suerte! Porque si no fuera por eso, usted podría contar con el burro como si fuera suyo propio. El animal ya estará por lo menos a cuatro leguas de aquí, porque mi hijo salió esta mañana tempranito . . . (*Lo interrumpe un rebuzno*).

PEDRO.—¿Y eso?

VICENTE.—¿Eso qué?

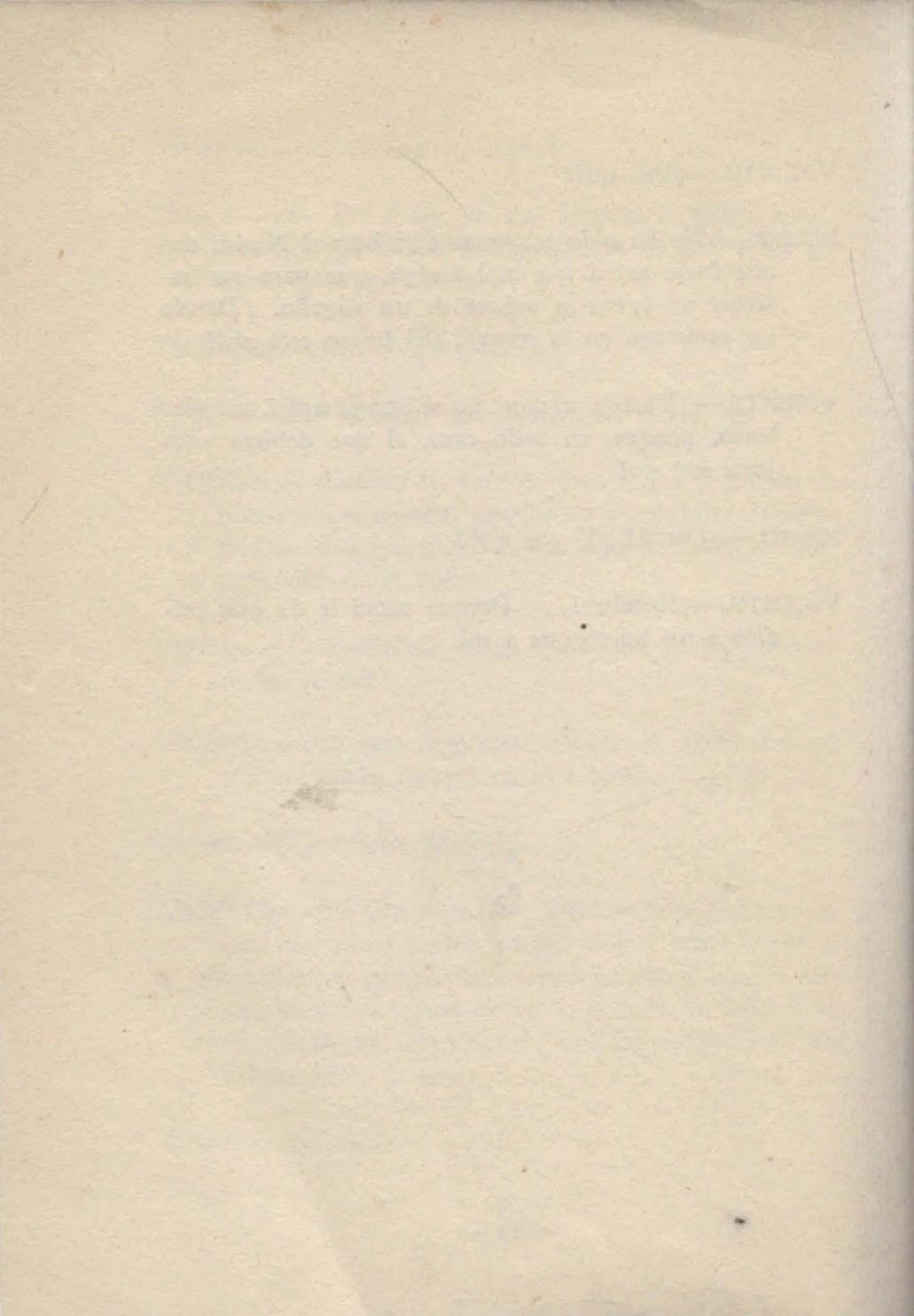
PEDRO.—¿No ha oído rebuznar a su burro? Nunca creí que fuese usted tan mal amigo, que para no hacerme un favor se valiese de un engaño. (*Dando un puñetazo en la mesa*). ¡El burro está ahí!

VICENTE.—¡Vamos, vamos, no se ponga usted tan violento, porque, en todo caso, el que debiera enojarse soy yo!

PEDRO.—¿Usted? ¡Y por qué?

VICENTE.—¡Hombre! . . . Porque usted le da más crédito a un burro que a mí.





Un niño niño

De una novela de Máximo Gorki

PERSONAJES

EL HIJO, *niño de seis años.*

EL PADRE.

DECORACIÓN: *Una sala.*

EL HIJO.—¿De dónde vienes, papá?

EL PADRE.—Del mar.

EL HIJO.—¿Has robado algo?

EL PADRE.—¿Qué?

EL HIJO.—¿No eres un bandido, padre mío? Yo ya lo sé...

EL PADRE.—Soy un comerciante... Tú eres un ton-tín. Vendo trigo. Trabajo en los buques. ¿Has visto el "Ermak"? Pues es mío y tuyo...

EL HIJO.—Es demasiado grande...

EL PADRE.—Pues te compraré uno pequeño, como para ti, ¿quieres?

EL HIJO.—Bueno... (*Pausa*). ¡Y yo que creía que eras un bandido o un gigante!

EL PADRE.—Te digo que soy un comerciante.

EL HIJO.—¿Como el tío Teodoro, el confitero?

EL PADRE.—Eso es, pero más rico. Yo tengo más dinero.

EL HIJO.—¿Mucho?

EL PADRE.—¡Oh, se puede tener más aún!

EL HIJO.—¿Cuántas barricas tienes?

EL PADRE.—¿De qué?

EL HIJO.—¿De dinero!

EL PADRE.—¡Tonto!, ¿crees que el dinero se cuenta por barricas?

EL HIJO.—¿Cómo, entoces? Mira, sucedió que el saltador Maxinkaet robó a un hombre muy rico doce barriles llenos de toda clase de monedas... Lue-

go, saqué una iglesia; partió en dos pedazos a otro hombre con su sable, y después lo echó campanario abajo. . . pero el hombre, el muerto, se puso a tocar a rebato.

EL PADRE.—¿Eso te lo cuenta tu tía?

EL HIJO.—Sí, ¿por qué?

EL PADRE.—Por nada. . . He ahí por qué has convertido a tu padre en un bandido. . .

EL HIJO (*hondamente decepcionado*).—Y, ¿no lo has sido nunca? ¡Qué lástima!



Por un paraguas

De un artículo de Guillermo D. Ferrol

PERSONAJES

LA SEÑORA.

EL SEÑOR.

DECORACIÓN: *En una sala.*

EL SEÑOR.—¿Y yo qué podía hacer, mujer?

LA SEÑORA.—Pues, ¡dejar que aguantara el chaparrón!
Ten la seguridad de que nada de cuanto llevaba
encima se le habría echado a perder con el agua . . .

EL SEÑOR.—Podría resfriarse . . .

LA SEÑORA.—Hijo, yo creo que antes de perder nuestro
paraguas era preferible que tu amigote pillara un
resfrío, aunque fuera de importancia. Y oye, oye
cómo golpea el agua en los cristales . . . ¡Vaya un
aguacero! ¡Si eso es un diluvio, nada menos que
un diluvio! . . . Y durará toda la semana, y no
podremos salir de casa . . . ¡Como si lo viera!

EL SEÑOR.—En una semana, tiene tiempo de devolvernos el paraguas.

LA SEÑORA.—¡Eh! . . . ¿Qué? ¿Devolverlo? ¿Devolver él un paraguas? No, hijo, ni lo sueñes. ¡Él no es tan tonto como tú! ¿Acaso hay memoria de que él haya devuelto nada en la vida? ¡Ya te lo he dicho!, ¡una semana sin poner los pies en la calle, eso es lo que nos espera, por haberle prestado tú el paraguas! ¿Y los niños?, dí, ¿cómo irán mañana a la escuela?

EL SEÑOR.—Que se queden en casa.

LA SEÑORA.—¡Qué pronto lo arreglas! ¡Que se queden en casa! Y así, ¿qué aprenderán? No sabes qué responderme, ¿eh? ¿Y cuando sean mayores, a quién culparán de su ignorancia?

EL SEÑOR.—¡Bah!, pues que me culpen a mí, y . . . ¡se acabó!

LA SEÑORA.—¡Oh, Señor, Señor, a los hombres que, como éste, no tienen compasión de sus hijos, no debieras dárselos!

EL SEÑOR.—Vamos, sé razonable, mujer, ¿qué podía haber hecho yo?

LA SEÑORA.—¡Calla! . . . ¡Calla! . . . ¡Calla! Demasiado sé yo que tú eres especial para perder paraguas. . .

EL SEÑOR.—Yo no lo perdí, ¡lo he prestado!

LA SEÑORA.—¡Ay, qué inocente eres! Prestar las cosas a ciertas personas es perderlas. . . ¡Y cómo llueve, Dios mío, cómo llueve! Y ahora, dime, ¿cómo iré mañana a casa de mi madre? Porque mañana es martes, y tú sabes cómo se pone la pobre cuando no voy los martes a su casa. . .

EL SEÑOR.—Vé en automóvil.

LA SEÑORA.—¿En automóvil? ¿Y quién lo paga, señor millonario? No, no, iré a pie, así caigan rayos. Iré a pie, y si me mojo, y luego me muero por haberme mojado, ¡qué me entierren! ¡Eso!

EL SEÑOR.—No, mujer, Dios no querrá que suceda nada de eso. . . Pediremos uno prestado, y ¡listo!

LA SEÑORA.—No, señor; jamás permitiré que pidas a nadie un paraguas prestado.

EL SEÑOR.—Bueno, ¡compraremos uno!

LA SEÑORA.—¡Menos! Y si lo compras y me lo traes, lo tiraré por la ventana. . .

EL SEÑOR.—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

LA SEÑORA.—No me grites: ¡lo que yo quiero es mi paraguas, nada más que mi paraguas, mi pobre pa-

raguas, el que tú has prestado, el que-tú-has-perdi-do! ¡Ah, Dios, Dios, yo quisiera saber cómo iré mañana a la casa de mi madre!

EL SEÑOR.—Pero, ¿no has dicho que piensas ir a pie?

LA SEÑORA.—Sí, e iré a pie, ¡claro que iré a pie, aun que te opongas!

EL SEÑOR.—No, si no pienso oponerme, hija.

LA SEÑORA.—¿Ah, no? ¿Así que prefieres que me moje, que me enferme, que me muera...?

EL SEÑOR (*haciendo un gesto de desesperación*).—
¡Como te parezca!

LA SEÑORA.—Mira, no me sulfures, porque si acabo de perder la paciencia...

EL SEÑOR (*deseando apaciguarla*).—Si yo...

LA SEÑORA.—¡Cállate!... ¡No hables, porque...

EL SEÑOR.—Bueno. Hasta luego; voy a reclamarle el paraguas.

LA SEÑORA.—No, de ninguna manera. ¿Quieres constiparte?

EL SEÑOR.—¡Quiero dejar de oírte, aunque me cueste un mes de cama! ¡A ver si cuando vuelva se te ha acabado la cuerda!

Los cuentos son cuentos

De las memorias de Carlos Octavio Bunge

PERSONAJES

LA MAMÁ.

EL HIJO, *niño de ocho años.*

DECORACIÓN: *Una sala.*

LA MAMÁ.—Y sucedió, que la Bella Durmiente en el Bosque se casó con el Príncipe Amable. Fueron muy felices y tuvieron muchos hijos . . .

EL HIJO.—¿Como tú?

LA MAMÁ.—Sí, como yo . . . Escucha: la Bella Durmiente y el Príncipe Amable fueron muy felices y tuvieron muchos hijos, y, si no han muerto, viven aún.

EL HIJO.—¡Ya lo sé, ya lo sé! (*Imitando*): Y así fué como la Bella Durmiente en el Bosque se casó con el Príncipe Amable, y tuvieron dos hijos. El mayor era lindo como el sol, y bueno como Dios; el

segundo era malo como el diablo y picado de viruelas . . .

LA MAMÁ.—¡No, no! El hijo segundo era lindo como el sol y muy bueno, pero no como Dios, porque nadie puede serlo tanto. En cambio, el hijo mayor era bastante malito y picado de viruelas, pues no se había dejado vacunar . . .

EL HIJO.—¡Yo me he dejado vacunar!

LA MAMÁ (*sonriendo*).—¡Tontuelo! ¿Acaso me refiero a ti? ¡Los cuentos son cuentos!

EL HIJO.—¡Ah, créí! . . . ¿Quieres que te cuente uno de los míos?

LA MAMÁ.—¿Es lindo?

EL HIJO.—Ya verás. Oye: Había una vez una señora que estaba haciendo dulce de guindas . . .

LA MAMÁ.—¡Ah, es riquísimo el dulce de guindas!

EL HIJO.—¿Lo sabes hacer?

LA MAMÁ.—No, ¿y tú?

EL HIJO.—No, pero lo sé comer.

LA MAMÁ.—¡Ah, qué gracia! Bueno, sigue tu cuento.

EL HIJO.—El hijito de la señora, metió una mano en la olla, sacó un puñado de dulce y se lo tragó caliente y con los carozos.

LA MAMÁ.—¡Oh, qué criatura terrible!

EL HIJO.—¿Has visto? Como el chico iba a enfermar, la madre se enojó tanto que le pegó en la cara con el cucharón que le servía para revolver el dulce, y le sacó un ojo.

LA MAMÁ.—¡Ay, Dios mío! ¿Qué me dices?

EL HIJO.—El ojo del hijito cayó en la olla, y la madre, sin fijarse, siguió revolviendo, revolviendo...

LA MAMÁ.—¡Qué barbaridad!

EL HIJO.—Cuando el dulce estuvo a punto, la señora sirvió un poco en un platito y se lo llevó a la abuela del niño, para que lo probara... (Pausa).

LA MAMÁ.—¿Y?...

EL HIJO.—La abuela, que se estaba cortando un vestido con una tijera muy grande, pero muy grande, fué a probar el dulce, y se encontró...

LA MAMÁ.—¿Con el ojo del nieto?

EL HIJO.—Sí. Se encontró con el ojo del nieto entre las guindas...

LA MAMÁ.—¿Y cómo lo conoció?

EL HIJO.—Y ¿cómo lo iba a conocer? Muy fácilmente.
¿No ves que era más clarito?

LA MAMÁ.—¡Ah! . . . ¿Y después, qué pasó?

EL HIJO.—Que la abuela, furiosa con la madre, le cortó las orejas con su gran tijera.

LA MAMÁ.—¡No digas esos disparates, muchacho!
Ninguna madre del mundo les saca los ojos a sus hijos chicos, ni les corta las orejas a sus hijas grandes!

EL HIJO.—¡Tontuela! ¿Acaso yo lo digo por ti? ¡Los cuentos son cuentos!



El dentista

De un cuento de Antón Chejov.

PERSONAJES

EL ENFERMO.

EL ENFERMERO.

DECORACIÓN: *El consultorio del dentista*

EL ENFERMO.—¡Qué lástima!

EL ENFERMERO.—¿Por qué? ¿Qué le sucede?

EL ENFERMO.—¿No ve?, ¡las malditas muelas! Es para volverse loco. Un dolor infernal. No he pegado los ojos en toda la noche, y ahora, ¡llego después que el dentista ha salido! ¿Cuándo volverá?

EL ENFERMERO.—Hasta mañana ya no vuelve. ¿Es una sola muela?

EL ENFERMO.—Sí, una sola, pero... además de la muela, me duele todo este lado de la cara... Hasta la oreja me duele, como si tuviera un clavo aquí... ¡Es para morirse!

EL ENFERMERO.—Sí, ¡claro!, es desagradable. Vamos a ver si yo puedo hacer algo por usted. Siéntese aquí, y abra la boca. Más, ¡más!, que a mí no van a asustarme sus dientes! ¡Vamos, abra bien la boca!

EL ENFERMO.—Confío en su ciencia.

EL ENFERMERO (*después de echarle un vistazo*).—
Hay que sacarla.

EL ENFERMO.—¡Fuera con ella! Haga lo que le parezca, que para eso sabe.

EL ENFERMERO.—No gran cosa, pero hay que tener la mano firme. Y la tengo, ¡vaya si la tengo! Esto para mí no es nada. Ya verá. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. ¡Casi sin mirar! ¡He sacado tantas! . . . En ausencia del doctor, se entiende . . . Casos de urgencia, gente que no puede dejarlo para otro día, así como usted. No hace mucho tuve que atender al doctor Armonal, ¿lo conoce? ¿No? Pues lo conoce medio mundo. Es el senador. Bueno, pues él también andaba con la cara en la mano, un dolor terrible. ¡Y se la arranqué! . . . ¡Ya ve, y eso que es todo un señor senador, un hombre de sociedad! ¡Y qué muela! ¡Una señora muela, una muela de sociedad! ¡Ja . . . ja . . . ja! Una muela y compañía! Porque hay muelas y muelas . . .

Unas hay que arrancarlas con tenazas, otras con llave, otras . . . Depende . . . Bueno. No, amigo;

abra la boca todo lo que pueda... ¡Más!...
¡más!

EL ENFERMO.—Pero, ¿es que va usted a meterseme dentro de la boca?

EL ENFERMERO.—No es que vaya a meterme dentro de su boca, pero se necesita comodidad para trabajar ahí dentro, hombre. No tenga miedo. ¡Vamos a sacar ese estorbo! ¡Cuestión de dos segundos!... Una, dos, tres, ¡y se acabó! Ya verá. Primero vamos a cortar un poco la carne... luego un tironcito, así...

EL ENFERMO.—¡Ay, mire que!...

EL ENFERMERO.—No hable, no hable... Y no se mueva... Esta muela, ¡saldrá volando! Esto no es nada. Espere: cuando yo cuente: una, dos y tres, ¡está listo! Pero no se mueva, ¿no ve que dificulta el trabajo? ¡Déjeme la mano, ¿o piensa que le voy a sacar la muela con los pies? Ahora, la tenaza. ¡Eso! No se mueva, que se puede romper, y entonces... Un momento, un momentito, y terminamos... Paciencia: ¡ahora! (*tira*).

EL ENFERMO.—¡Ay, Dios mío! ¡Virgen santa!

EL ENFERMERO.—Vamos, no moleste a Dios y a la Virgen por tan poca cosa, y déjeme la mano...

EL ENFERMO.—Es que me duele mucho...

EL ENFERMERO.—Pasará en seguida. A ver, otro tironcito . . . ¡Una, dos, tres!

EL ENFERMO.—¡Aaah! ¡Aaah! ¡Demonio!

EL ENFERMERO.—No llame al demonio, porque ese sí viene en seguida . . .

EL ENFERMO.—Es que no puedo soportar . . .

EL ENFERMERO.—Sin embargo . . . (*Tira*).

EL ENFERMO.—¡Aaaah! ¡Aaaah!

EL ENFERMERO.—¡Me pones nervioso, hombre! ¡Deja de gritar por todos los santos y todos los diablos! ¡Una, dos, tres! (*Tira*).

EL ENFERMO (*dando un salto en el asiento*).—¡Maldita sea! (*tocándose la muela con los dedos*): ¿Y todavía no me la has quitado?

EL ENFERMERO.—¿Y cómo quieres que te la quite, si no haces más que agarrarme la mano, empujarme con el codo y decir tonterías?

EL ENFERMO.—Es que me torturas con tus herramientas . . .

EL ENFERMERO.—¿Y qué te figurabas? ¡No es tan sencillo arrancar una muela! Ella está muy bien ahí, y no quiere dejar la tierra en que nació . . .

Se trata, además, de una cosa delicada, de una cosa científica, que tú no entiendes ni entenderás nunca.

EL ENFERMO.—Yo sólo sé que esto es un martirio infernal.

EL ENFERMERO.—El doctor Armonal, el senador, que ha viajado por Europa “y por París”, no hacía gimnasia como tú en el sillón y se fué encantado del modo cómo le arranqué la muela. Vamos, ¡siéntate ahí de una vez!

EL ENFERMO (*obedeciendo*).—¡Dios mío, cuánto sufro! ¡Sácala de un tirón! No se trata de tirar mucho, sino de tirar bien.

EL ENFERMERO.—¿Quieres dejar de fastidiarme con tus consejos, ignorante? ¿Quién es aquí el dentista, tú o yo? ¡Vamos, hombre! ¡Ea, abre esa boca cuanto puedas, y más todavía! Y ahora, ¡calla! Es una desgracia hablar con individuos de tu clase, uno pierde la sangre fría, la educación, y... ¡Te he dicho que no te muevas! ¡Es que hay alfileres en el asiento? ¡A ver! ¡Una, dos, y... tres! (*tira*).

EL ENFERMO.—¡Aaaaah! ¡Dios!

EL ENFERMERO.—¡Qué mala suerte! ¡Se rompió!

EL ENFERMO (*saltando del asiento hacia la puerta*).—

¡Verdugo! ¡Que el diablo te saque las tuyas, bandido! (*Desaparece dando un portazo*).

EL ENFERMERO (*tomando los útiles de limpiar el piso*).—¡Esto es lo que me merezco, por meterme en lo que no me importa! Yo no estoy aquí para reemplazar al dentista; a mí me han contratado para limpiar el consultorio y cuidar de todo lo que hay aquí. ¿A qué me meto, entonces, a aliviar a nadie? ¿Que les duelen las muelas? Pues que se aguanten, hasta que vuelva el dentista. ¡Eso!, que aguanten, ¡no seré yo quien vuelva a sacrificarse por ellos! ¡Ignorantes, desagradecidos, mal educados!



Yo hubiera podido ser usted

De un cuento de Mauricio Jokal

PERSONAJES

ALEJANDRO.
MAURICIO.

DECORACIÓN: *Una sala.*

ALEJANDRO.—¿Usted* no me reconoce, verdad?

MAURICIO.—En efecto, no sabría. . .

ALEJANDRO.—¡Vamos, obsérveme un poco!

MAURICIO.—¡Ah, sí, ya caigo! No lo había reconocido porque como ahora lleva el cabello más largo...

ALEJANDRO.—¡Al contrario, ahora lo llevo más corto!

MAURICIO.—¡Al contrario? Entonces, no lo habré reconocido porque lo lleva más corto. Pero ya sé, ya sé, usted es el señor. . . el señor Guillermo. . .

ALEJANDRO.—Justamente, yo soy Alejandro...

MAURICIO.—¡Eso! ¡No sé cómo he confundido! ¡Claro, usted es Alejandro Márquez!

ALEJANDRO.—No, amigo mío; yo soy Alejandro Lima.

MAURICIO.—¡Ah, disculpe, ahora sí que recuerdo! Lima, de los Lima de Mendoza.

ALEJANDRO.—No, señor, de los Lima de Tucumán.

MAURICIO.—Perdone, pero es que, como tengo negocios con unos Lima de Mendoza, lo he confundido con ellos. Usted es Alejandro, aquel que fué mi compañero de banco en el colegio...

ALEJANDRO.—No. Jamás hemos ido juntos al colegio. Fuimos sí, vecinos del mismo barrio. ¿Se acuerda?

MAURICIO.—Voy a ser franco: no me acuerdo absolutamente. Yo no tengo recuerdos de aquel tiempo, y hasta estoy por creer que nunca he sido niño, que nací con bigote y que siempre he sido casado.

ALEJANDRO.—¿Es posible? Pues yo me acuerdo muy bien de mi infancia y de la suya.

MAURICIO.—Entonces, ¿usted me asegura que yo nací pequeñito como todos, que mi madre me tuvo en brazos y que anduve en calesita?

ALEJANDRO.—Precisamente, yo le enseñé a hamacarse en los columpios municipales.

MAURICIO.—¿Sí? Pues me lo debe haber enseñado muy mal, porque todavía no sé hamacarme en los columpios municipales ni en los privados. . .

ALEJANDRO.—Sin embargo, y para que vea que no le engaño, le demostraré que ha faltado muy poco para que usted fuese yo, y yo usted.

MAURICIO.—¿Cómo? ¿Para que yo fuera usted y usted yo?

ALEJANDRO.—Ni más ni menos: usted yo, y yo, usted.

MAURICIO.—¿Y quién hubiera salido perdiendo en el cambio? ¿Eso me interesa!

ALEJANDRO.—Le ruego que no lo tome a broma; esto es cosa bien seria. Mire: yo soy pobre, no tengo lo que se dice un centavo. Usted, en cambio, es hombre rico, le sobra el dinero.

MAURICIO.—No crea. Por lo pronto, lo único que tengo es un montón de deudas que no sé cómo podré saldar.

ALEJANDRO.—¿Y su cabeza? ¿No la cuenta? Su cabeza es mejor que la mía.

MAURICIO.—¿Mejor? No, hombre. Usted es el que

bromea ahora. Ni pelo me queda ya, mientras que usted tiene una soberbia cabellera.

ALEJANDRO.—Yo me refiero a lo que hay adentro.

MAURICIO (*abriendo la boca y enseñándole el interior*).—¡Mire! Algunos dientes desparejos, y ¡nada más!

ALEJANDRO.—Vamos, yo creía que usted era una persona seria, y . . .

MAURICIO.—¿Y por eso quería que yo fuese usted, y usted yo?

ALEJANDRO.—Vea, no se ría, y escuche, porque le aseguro que es una historia interesante. Yo tuve una madre . . .

MAURICIO.—¿Y qué? ¿Tampoco está conforme? ¿Cuántas quería tener?

ALEJANDRO.—No es eso; iba a decir que mi madre, en sus tiempos, era una muchacha bastante bonita . . .

MAURICIO.—¡Hombre, lo felicito! No todos podemos decir lo mismo.

ALEJANDRO.—Pero entonces yo no la conocía . . . 

MAURICIO.—¡Ah, no!

ALEJANDRO.—No, el que la conoció entonces fué su padre de usted, que en seguida la pidió en matrimonio.

MAURICIO.—Y si usted no la conocía todavía, ¿cómo ha llegado a enterarse de todo eso?

ALEJANDRO.—Por ella misma, que más de una vez se lamentó en mi presencia de no haberme dado por padre a su padre de usted, es decir de no haber hecho que yo fuera usted o usted yo. ¡Ah, si ella hubiera tenido mayor experiencia del mundo, tenga la seguridad de que su padre hubiera sido mi padre, y así, yo hubiera sido usted en vez de ser yo! . . .

MAURICIO.—No sé si me corresponde darle el pésame.

ALEJANDRO.—Espere que ya me lo dará luego. El segundo que pretendió casarse con mi madre; bueno, usted ya me entiende, con la que fué mi madre, fué ¿sabe usted quién fué?

MAURICIO.—No, mi amigo, ¿cómo he de saberlo si ni siquiera sabía, hasta este momento, que usted hubiera tenido madre!

ALEJANDRO.—Pues fué, ¡nada menos que todo un señor ingeniero! Y sepa que, si yo, en vez de ser yo, hubiera sido alguno de los hijos que luego tuvo ese señor ingeniero, estaría ahora en las oficinas de un ferrocarril ganando la bonita suma de mil

pesos mensuales, o sería capitán del ejército, o gerente de una casa de comercio, porque los tres hijos que tuvo el ingeniero, están muy bien colocados, y yo hubiera podido ser cualquiera de ellos, ¿no le parece?

MAURICIO.—Naturalmente. . .

ALEJANDRO.—Pero no sólo no se casó mi madre con el ingeniero, sino que también rechazó a un médico, que vive aún con su feliz esposa. Este no tuvo ningún hijo.

MAURICIO.—¡Ah! y en ese caso, ¿qué hubiera sido de usted?

ALEJANDRO.—No hubiera venido al mundo; tampoco sería yo. . . Y hubo todavía un cuarto pretendiente, a cuyo hijo único suelo mirar con envidia, cuando pasa delante de mí en su automóvil, porque es inmensamente rico. ¡Ah, mi madre me hizo un flaco servicio al decidirse a casarse con mi padre!

MAURICIO.—Es verdaderamente original, no estar satisfecho del padre que a uno le haya tocado en suerte.

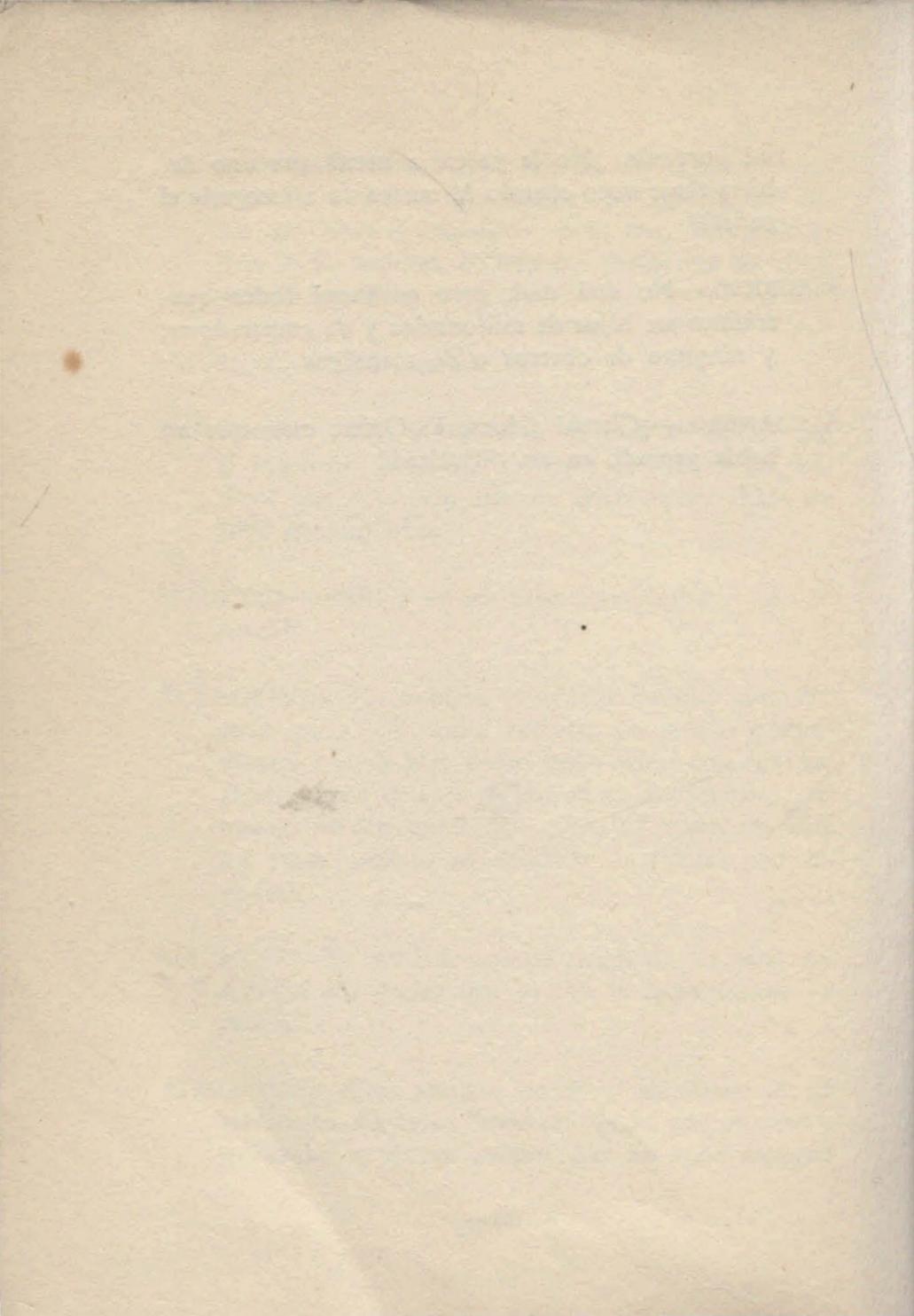
ALEJANDRO.—No; eso no; yo estoy satisfecho de mi padre; es un buen hombre; de la que no estoy satisfecho es de mi madre, que no supo asegurar

mi porvenir. ¿No le parece a usted que uno de biera tener voto cuando la madre va a escogerle el padre?

MAURICIO.—No está mal, pero entonces, todos querríamos ser hijos de millonarios y de emperadores, y ninguno de obreros o de mendigos...

ALEJANDRO.—¡Cierto! ¡Horror! ¿Quiere creer que no había pensado en esa dificultad?





MONOLOGOS

MONOLOGOS

La edad feliz

Ya lo han adivinado, ¿verdad? Claro, ¡tenía que ser! Ustedes son de los que creen que la infancia es la edad feliz. Pues, no, señores; no hay tal cosa. Están completamente engañados.

Los chicos somos menos felices que ustedes, por muchas razones.

Yo voy a darles una solamente, porque creo que con ella sobra para convencer a cualquiera. Es ésta:

A los chicos, lo mismo que a ustedes, nos gusta más el postre que la sopa. Sin embargo, mientras nosotros tenemos que tragar tremendos platos de sopa, si queremos probar un bo-ca-di-to de postre, ustedes, ¡semejantes grandotes!, se atiborran de fruta o de dulce, aunque no hayan tocado la sopa.

Y ahora, díganme quién está en la edad feliz, ¿ustedes o nosotros?



La niña gorda

De la novela de Santiago Rusiñol

La niña gorda es una vecina nuestra, mejor dicho, es la hija de una vecina nuestra.

Voy a decirles algo de ella, aunque, por más elocuencia que gaste, jamás lograré causarles el efecto que conseguiría presentándola aquí. Pero es que esto último hubiera resultado imposible. Porque, sin exagerar ni un poquito, para que ella penetrase aquí, tendríamos que salir nosotros.

Exactamente como ocurre en la pileta del hipopótamo, en el Zoológico. El agua sólo permanece en la pileta mientras está afuera el animal — ¡qué animal!

Pues cuando el hipopótamo se mete en la pileta, el agua, para darle sitio, se marcha de paseo.

Pero oigan ya, algo sobre lo gorda que es la niña gorda.

Cuando esta chica empezó a criarse, — ¡y vaya si se criaba! — la madre quiso darle biberón, pero los bi-

berones no la satisfacían: los vaciaba de un sorbo. Con un ojo miraba el que bebía y con otro el que esperaba.

Tras el biberón vinieron las sopas, y la madre, cuchara en mano, parecía que, en lugar de dar de comer a una criatura, estaba llenando una bolsa. Y cuando la chica echó a andar por primera vez, se fué derecho a la cocina. . .

Ahora tiene ya diez años, y es tal su gordura que, cuando va por la calle, la gente se amontona y la sigue, hasta que interviene la policía para disolver a los manifestantes.

Y en cuanto a la altura, supongo que podrán hacerse ustedes una idea aproximada cuando sepan que duerme. . . ¡en una cama con acoplado! . . .



Juguete

Esta mañana, bien temprano, estaba yo lavando en la batea, cuando vi que un jinete enderezaba para aquí. Era el capataz de la estancia que venía al puesto. Seguramente, pensé, que también hoy se ha olvidado de traerme el perrito que ya ni sé cuánto tiempo hace que me prometió.

Desde el palenque, me saludó con una sonrisa, pero yo apenas lo miré, muy seria. Haciéndose el desentendido, se bajó del caballo y acariciando con el rebenque a los perros que, como siempre, le habían salido al encuentro haciéndole mil fiestas, entró en el patio, gritándome:

—Buen día, Martita . . .

—Buen día . . . — respondí, pero ya le salté, furiosa:

—¿Ha visto? ¡Hoy también se ha venido con las manos vacías! . . . ¡No sé para qué ofrecen lo que luego no van a cumplir!

—Eso no lo dirás por mí, ¿verdad? — dijo con ese modo cachaciento que él tiene; y, metiendo una mano en el bolsillo, (*lo hace*), me puso adelante de los

ojos ¡esto! (*Muestra un cachorro*) que traía envuelto en su gran pañuelo . . .

¡Ay, yo no sabía qué decir! . . . Estaba tan nerviosa, que no acertaba a desatar los nudos . . . Y cuando mi nuevo amigo estuvo libre, lo acerqué a mi cara, porque el pobrecito gemía como un bebé asustado . . .

Entonces el capataz me preguntó:

—¿Te gusta el juguete?

—¡Oh, sí; mucho . . . mucho! ¡Es precioso! . . .

—Y, ¿ya has pensado qué nombre vas a ponerle?

—Pues, . . . ese mismo que usted acaba de darle: "Juguete".

¿No creen ustedes que estuve acertada?



La piel del sapo

De una leyenda popular

¡Croc!, ¡croc!, ¡croc! Aquí estoy yo, dispuesto a explicarles por qué tengo estos moretones en la piel.

Hace mucho tiempo, fuimos invitados mi amigo el cuervo y yo, a ciertas fiestas que iban a hacerse en el cielo.

El día fijado, aproveché un descuido del cuervo y me metí en la guitarra que él llevaba para tocar en las fiestas.

Cuando mi amigo llegó al cielo, todos le preguntaron por mí — pues ésa es gente muy cortés — y el cuervo, creyendo que yo me había quedado en la tierra, dijo que los sapos no podemos hacer viajes tan largos, y menos por el aire. Luego, dejando su guitarra a un lado, se sentó a la mesa.

Entonces yo, procurando que nadie me viese, salí de mi escondrijo, y haciendo como que llegaba en aquel momento, saludé a todos: ¡Croc!, ¡croc!, ¡croc!, y empecé a divertirme, comiendo, cantando y bailando...

Concluídas las fiestas, todo el mundo se retiró y yo, creyendo que mi amigo estaba distraído, volví a esconderme en la guitarra . . . Pero, ¿qué? Esta vez no me fué tan bien, pues al regresar a la tierra, el cuervo, que sin duda sabía que llevaba un pasajero sin boleto, puso la guitarra boca abajo, y, ¡claro!, yo salí de ella ¡como bala!

Cayendo desde las nubes, me deshacía gritando: ¡Crocl, ¡crocl, ¡crocl, pidiéndoles a las piedras que se hicieran a un lado. mientras el cuervo, riendo: ¡Cuaj!, ¡cuaj!, me respondía que no tuviera miedo porque, del mismo modo que había subido hasta el cielo, podía bajar a la tierra . . .

¡Indigno! . . . Por culpa suya, pues, me di un golpe tan grande, que aun tengo los moretones en la piel . .

Mentiras

Del cuento de Justo P. Sáenz (h.)

Un día me dijo uno de los peones, compañero de trabajo en la estancia:

—Mira, tagüé, — “tagüé” nos dicen los correntinos a nojotro lo’j entrerrianos, — te voy a presentar al amigo Chousiño — y me puso delante un brasileño de un altor bárbaro, grueso y ancho, de barba negra y cara e’ malo endeveras. Un bruto hombre, yo les garanto, bombachudo y de sombrero grandote, quebrau atrás y adelante.

Después de los saludos, el brasileño nos mostró un cencerro que traía en la mano. Era un cencerro de plata, plata pura, con un cincelau a flor di agua. ¡Y qué taido tenía! ¡Una música, cabayeros!

¡Lo hubieran visto al riograndés reventando e’ contento, cuanto se lo ponderamo! Y ya se largó también a charlar como un loro, contándonos ande lo mandó hacer, el costo, y esto y aqueyo.

E’ seguido no má, me di cuenta qu’el lau flaco, como dicen, de aquel cristiano era su cencerro.

—Vossé ten visto este cencerriño, mais non ten visto outro que deixei n'a minha casa — dijo, y siguió hablando y explicándome que tenía uno mucho mejor, pero que no se animaba a traírlo en los viajes por temor de que se lo robasen . . .

—E todo de ouro puro con diamantes, e o badalho e también de ouro puro — terminó, y echándose el chambergo atrás, adelantó un pies, apoyó los puños cerraus en el hueso e' las caderas, ladió la cabeza y medio entornando lo'j ojos, se puso a mirarme con un aire de burla, de lástima . . . en fin, que . . . ¡palabra!, me tuvo un rato sin saber si debía rairme, o sacudirle un cachetazo . . . Pero pude asujetarme, y al venirme la idea, me le descolgué así:

—¿Sabe, señor? Yo también tengo un cencerro que no lo cambeo pu ese suyo con todo el oro y briyantes . . . Es verdá, ¡como me yamo Pedro Gómez! No se lo cambeo porque como el mío, señor, no hay otro en el mundo. A propósito lo mandé hacer, senciyito no más. De tarro es; trabajo de herrería, sí, señor.

El hombre mudó e' postura y comenzó a acariciarse la barba, después de haberse volcau el sombrero sobre las cejas de un manotazo que le dió. Se vía que se interesaba demá en lo que yo iba diciendo. No había que hacerle, su débil eran lo'j cencerro.

—Vossé non s'explica ben — me retrucó. — ¿Cómo vai a valere mais qu'ó meu, qu'e todo de ouro incrustado con diamantes?

—¡Ahi' stá la cosa, pue'j, mi amigo! — dije yo. — Es que mi cencerro será todo lo e'fierro que usted quiera,

pero entonces, tiene una ecelencia que no he visto en ningún otro.

El brasileño ya no podía aguantar más. Eso'j ojos tan negros que tenía, le briyaban como tizonas y estaban como queriendo saltársele. Me avanzó dos trancos y poniéndome una e'sus manos en el hombro, trémulo e' cuoriosidá, m' imploró, más como un gurisito, que como el bruto hombre qu'era:

—Castelhao . . . ¡qué ter a bondade de decirme cuál e' a excellenza do seu cencerro?

Y yo, tomándome un tiempito pal contesto, me puse a buscar fósforos en lo'j bolsiyos e' la blusa, mientras mirando p'ayí, pal campo, como distráido, l' endilgué:

—La ecelencia, señor, que tiene mi cencerro, viene a ser algo así como un engranaje que l'hecho poner adentro, ande se cuelga el' badajo y que, a la vez que agarra a trotiar la yegua, solo no má va diciendo: "¡Pedro Gómez! ¡Pedro Gómez! ¡Pedro Gómez!



Un chasco

Mi compañero de banco es un chico muy ocurrente y, como todos los graciosos, publica sus éxitos y calla sus fracasos.

Sin embargo, yo he podido enterarme del chasco que sufrió el otro día. Y eso es lo que voy a contarles a ustedes. Escuchen:

En nuestro texto* de lectura hay una página firmada por Belisario Roldán. Es esta que voy a leerles:

“Cuenta una leyenda inglesa, conmovedora y sobria como todas ellas son, que los empleados de una oficina de correos de Londres tropezaron cierta vez con una carta que tenía esta curiosa dirección:

PARA DIOS EN EL CIELO

Abierto el sobre, ya que hubiera sido un tanto difícil dar curso a la singular epístola, pudieron leer, garabateado por una mano infantil, este tiernísimo poema de miseria y de candor:

“Señor Dios: es necesario que usted vea esto. Mi madre está enferma; mi padre no tiene trabajo; yo... soy muy chico.”

Luego un adorable diminutivo: Carlitos, rubricaba penosamente aquel formidable alegato que ponía de golpe ante el supremo juez la injusticia de un dolor sin culpa y sin consuelo... La carta fué publicada; y, ¡levantemos el corazón!, la caridad llegó generosamente a la habitación desolada, donde, en efecto, la madre no tenía salud, el padre no tenía jornal, y los grandes ojos llorosos de la criatura se habían clavado en su Dios, como esperando su respuesta... Nobles damas, altos funcionarios y hasta flemáticos banqueros se conmovieron ante el pequeño drama, y la felicidad brilló de pronto en la buhardilla miserable.*

No añade el cuento si el niño se creyó obligado a un acuse de recibo, y si una nueva carta suya, dirigida al mismo celestial destinatario, cruzó de nuevo la capital británica, pero bien pudo hacerlo sin mengua de la verdad, bien pudo hacerlo, porque la caridad es Dios...”

Leyendo esto, mi compañero pensó que si él imitara al inglesitto, obtendría idéntico resultado.

¿Acaso los empleados del correo argentino podrían permanecer impasibles ante un sobre que dijera: “Para Dios, en el cielo”? Los ingleses, son ingleses, esto es, correctos, fríos, flemáticos, y, sin embargo, se emocionaron. ¿Cómo creer, entonces, que los argentinos, siempre tan espontáneos, tan sentimentales, tan generosos, podrían permanecer indiferentes ante las dulces palabras del inglesito?

Así, pues, ni corto ni perezoso, las copió, escribió el sobre, echó la carta en el buzón, y esperó confiado y tranquilo.

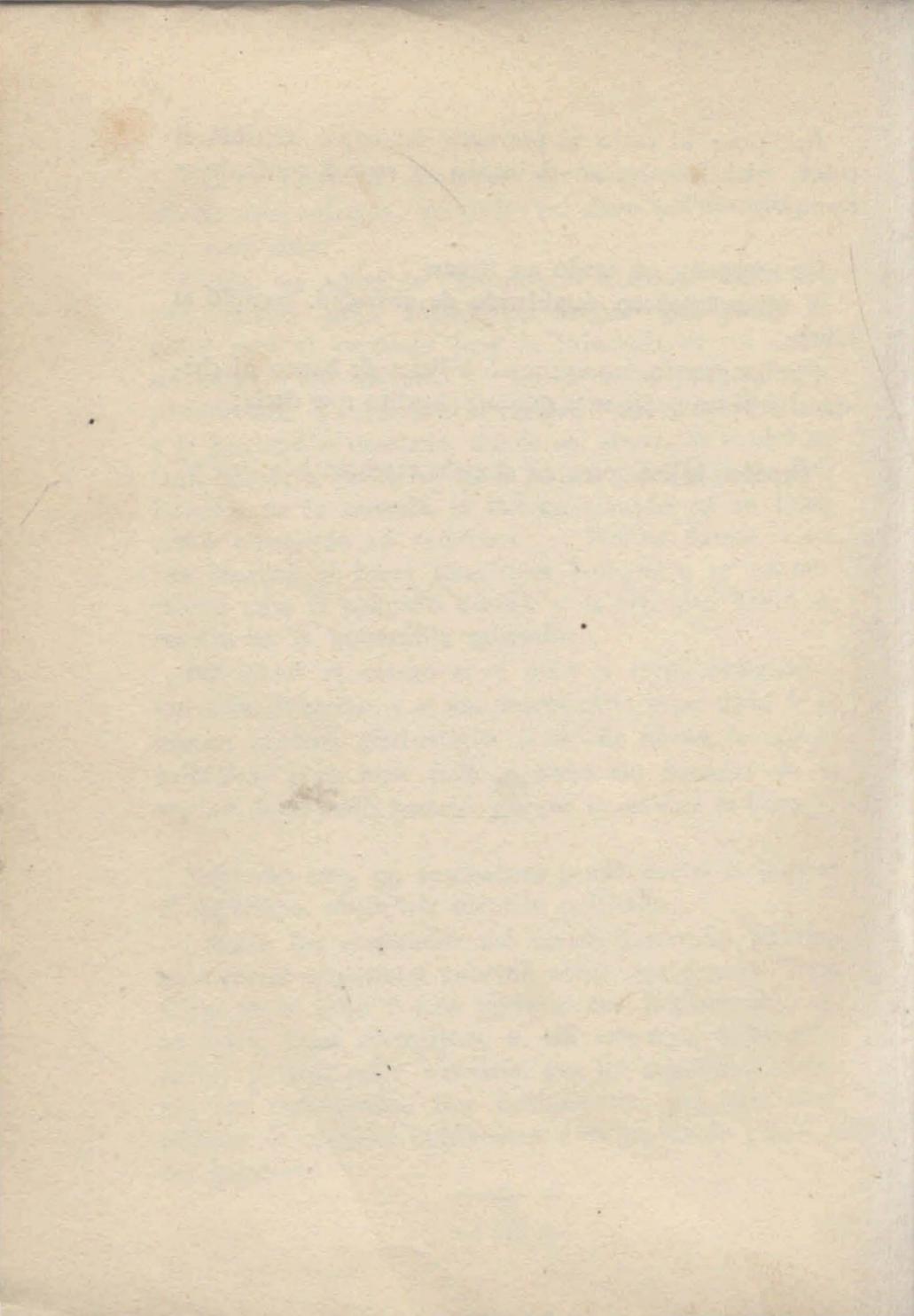
La respuesta no tardó en llegar.

Y mi compañero, temblando de ansiedad, rompió el sobre.

Por lo pronto, no encontró billetes de banco ni cheques. Allí no venía más que un papelito que decía:

“Perdón, hijito, pero en el cielo también hay crisis.”





Ocurrencias

Los nenes chiquitos suelen tener ocurrencias muy buenas. Oigan ustedes éstas que he recogido entre mis compañeras de grado:

Una mamá, que le decía a la más pequeña de sus hijas, una nena de cuatro o cinco años: "El año que viene irás a la escuela con tus hermanitos", recibió esta contestación encantadora:

—Si yo ya voy todos los días a la escuela... ¡pero no entro!

Un día iba yo en el ómnibus, sentada al lado de un nene que, a lo sumo, tendría tres años; de pronto, se detuvo el vehículo, y vinimos a quedar delante del agente de policía, un negro grandote, que estaba plantado en la esquina dirigiendo el tráfico. Pues bien, en el mismo instante en que dió paso a nuestro ómnibus, el pibe que, como digo iba a mi lado, le gritó:

—¡Adiós, Falucho!...

Y ahora, para terminar, oigan ésta, suave como un poema de Amado Nervo:

Una nenita, a quien su papá llevaba en su automóvil, aferró con una mano el volante, y, señalando con la otra a un gorrión que picoteaba en las basuritas de la calle, exclamó:

—¡Ay, papá, no asustes a ese pajarito, que después quién sabe si encontrará qué comer!

K

Recuerdos viejos

En aquellos años, mis hijos eran niños aun, y precisamente para mandarlos a la escuela, dejamos la chacra y fuimos a vivir al pueblo; a Gualeguaychú, en Entre Ríos, no sé si ustedes conocen.

Bien, pero, ¿a qué venía esto? . . . ¡Ah, sí! No sé por qué motivo, alguna tontería sin duda debe haber sido, tuve un disgusto con una vecina. Lo cierto es que cortamos las relaciones, y aunque vivíamos "alambre por medio", ya no nos ocupamos la una de la otra. Sin embargo mis chicos, y como no podía menos de suceder, porque eran de la piel del diablo, ¡si yo les contara las judiadas que me han hecho! . . . bueno, mis chicos, decía, vivían en continua guerra con ella, con sus perros y con sus gallinas, sobre todo con sus gallinas, porque ya saben ustedes lo metidas que son las pobrecitas . . .

Bastaba, pues, que alguna de sus aves pisara nuestro patio, para que la sacaran "pisando" también, y eso que yo me lo pasaba recomendándoles que no mortificaran a aquella mujer ¡Pero los chicos son chicos, y,

a pesar de los consejos y de los chirlos, que no les mezuquinaba por cierto, gallina que portaba por casa, gallina que salía arando con las alas la tierra del patio...

En fin, una mañana, a la hora de costumbre, serví el almuerzo, un puchero de oveja, pobre, pero sabroso, no crean. Yo me había sentado en mi sitio, también, cuando noté que faltaba uno de mis hijos. Como el chiquilín no respondiera a mis gritos, alcé el arreador, de pasada, y salí al patio, llamándolo.

Allí, andaba, por la costa del alambrado, hecho un indio, — ¡estos muchachos que no intentan cosa buena! —, el pelo como bandera de remate, la cara encendida, corriendo desesperadamente detrás de las malditas gallinas, y apedreándolas con cuanto cascote, hueso, lata y palo, se le venía a la mano...

Verlo, y subírseme la sangre a la cabeza, fué todo uno:

— ¡Vení para acá, muchacho de porquería!... ¡Atrevido!... ¡Yo te ví' a dar, andar corriendo a las gallinas!... ¡Cachafaz, sinvergüenza, malcriado, tal por cual!... ¡Ni soba que te vas a llevar!

Pero el muchacho, olvidado de todo, no me oía, no podía oír mis chillidos, y seguía a las carreras, encarnizado en su odio contra las inocentes aves, que, atropelladamente, buscaban de refugiarse en su gallinero, armando un alboroto de todos los diablos...

Entonces, ya fuera de mí yo también, le tiré con el arreador, pero, como fué a caer por ahí cerca no más, busqué en el suelo cualquier cosa con qué tirarle.

Desgraciadamente, mis ojos fueron a tropezar con un casco de botella. Me agaché, lo recogí, y, sin pensarlo poco ni mucho, se lo tiré con toda mi fuerza. ¡Ay, y con qué mala suerte, Dios mío!

El vidrio fué a clavársele profundamente en la pantorrilla, y mi pobre hijo cayó ensangrentado y llorando.

Corrí, volé a alzarlo en mis brazos, y enloquecida al verle perder tanta sangre, lo llevé a la farmacia más próxima.

El boticario, en cuanto vió la herida, preguntó:

—¿Cómo te has hecho esto, muchacho?

Yo me quedé fría; recién comprendí la enormidad del acto que acababa de cometer. Les aseguro que me sentía morir de angustia... Yo no era una madre, ¡yo era un monstruo!

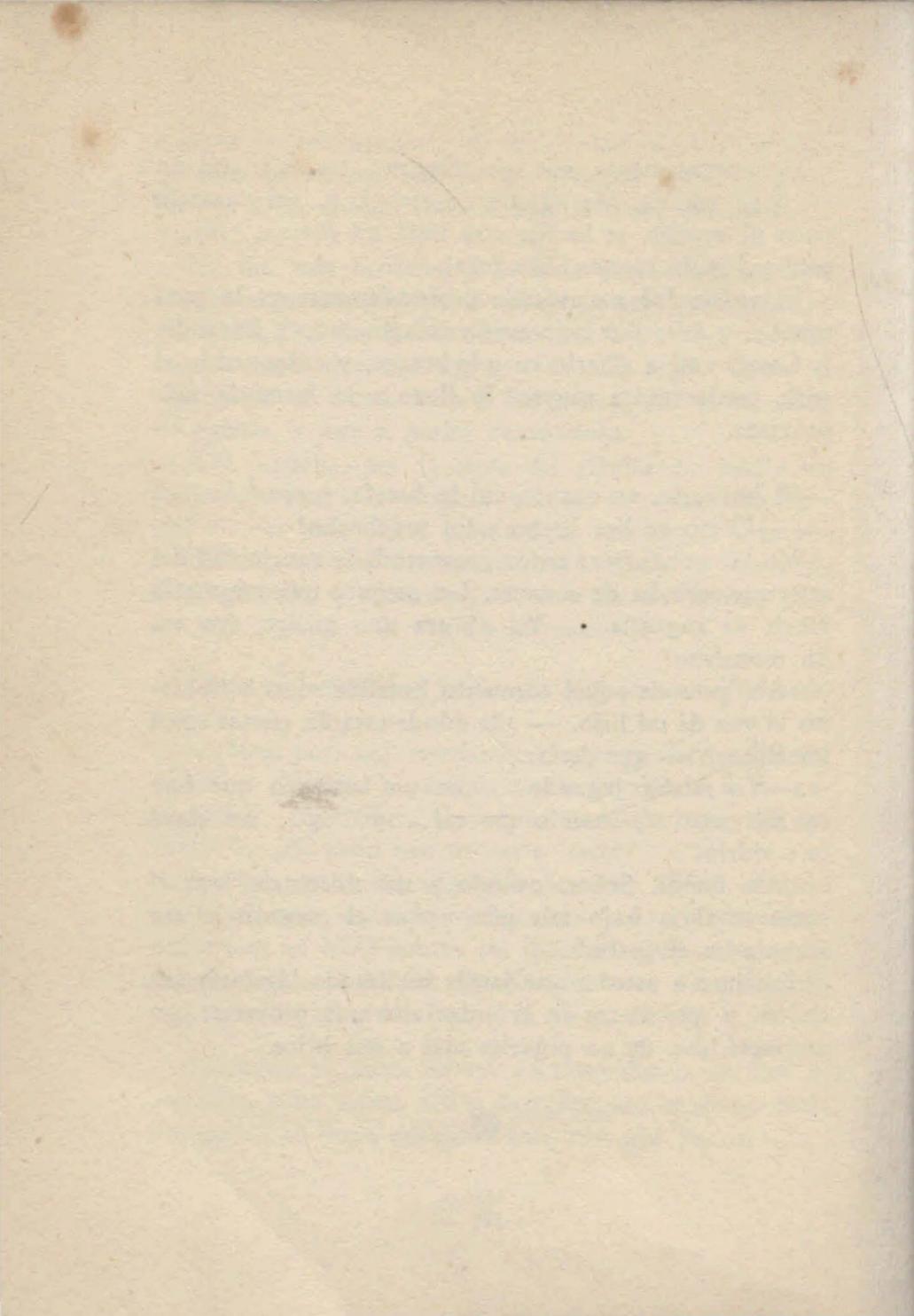
¡Ah, pero de aquel tormento horrible vino a librar-me la voz de mi hijo,* — ¿de dónde sacarán ciertas cosas los chicos? — que decía:

—Yo estaba jugando... en un basurero que hay en mi casa..., cuando me caí...y...y...me clavé este vidrio...

¡Ah, Señor, Señor, oyendo a mi chico, creí que el suelo se abría bajo mis pies y que el corazón se me rompía en el pecho!...

Les juro a ustedes que jamás he llorado lágrimas tan dulces, y que nunca en la vida falté a la promesa, que entonces hice, de no pegarles más a mis hijos.





Fuera de programa

Señoras y señores:

Como a pesar de todos nuestros esfuerzos, la función empezará con algún atraso, pedimos a ustedes que nos disculpen y que, entre tanto, nos permitan ofrecerles un numerito fuera de programa.

¿Les gustan los cuentos? ¡Sí? Entonces, oigan éste que parece hecho de encargo para el caso.

¡Allá va!

Un hombre que poseía cien bueyes los cambió en el mercado por cuatrocientas ovejas. Cuando volvía con ellas, se halló con que el río, que a la ida había cruzado nadando, estaba tan crecido que sólo en bote le iba a ser posible pasarlo. Buscó, pues, un bote, y aunque sólo encontró uno tan pequeño que en él no podía transportar más de una oveja por vez, resolvió utilizarlo.

Remó y pasó con una oveja. Lleven la cuenta: ¡Va una! Volvió y pasó con otra: ¡Y van dos! Volvió y

pasó con otra: ¡Y van tres! Volvió y pasó con otra:
¡Y van cuatro! Volvió y pasó con otra: ¡Y van cinco!
¡Volvio y pasó con otra: ¡Y van seis! Volvió y pasó
con otra: ¡Y van siete! Volvió y . . .

Un momentito, que me llaman ahí adentro. (*Se asoma al foro, simulando que habla con alguien que permanece invisible. Al público*):

Han tenido suerte, señoras y señores, porque acaban de anunciarme que ya se han subsanado todos los inconvenientes y que la función va a empezarse en seguida. Por lo tanto, y ya que el buen hombre de quien les estaba hablando puede seguir haciendo sus viajes aunque nosotros no le llevemos la cuenta, me retiro con el permiso de ustedes.



Un susto

No quieran ustedes saber el susto mayúsculo que acabo de llevarme.

¿Que sí quieren saberlo? Pues, entonces, empecemos la historia por el principio:

Hoy, mientras almorzábamos, me dijo mi mamá:

—Esta tarde vas a quedarte de casero. . . Te recomiendo que te portes bien: no salgas a la puerta, estudia y, si te queda tiempo, arregla esa canilla que deja escapar el agua.

Yo le prometí cuanto quiso, y la pobre se marchó muy satisfecha. Pero, ¡claro!, no había acabado de salir, cuando ya estaba yo en la calle, jugando al football con mis compañeros.

Así se me pasaron las horas. . . ¿Cuántas? No lo sé. Lo cierto es que, al oscurecer, los muchachos empezaron a retirarse, y yo, cansado, sudoroso y hambriento, volví también a mi casa. Entré y fuí derecho a la cocina. Sin

encender la luz, busqué el pan, y me senté en el patio para comer a gusto.

De pronto: ¡chsssss! . . .

No acerté a moverme, y ni siquiera pude tragar el pan que tenía en la boca. Pasó así un segundo, y otro, y otro, y otro, en interminable sucesión. Al fin, viendo que no ocurría nada de extraordinario, pensé que había soñado despierto. Y continué mi tarea, es decir, seguí comiendo. No había dado tres mordiscos, cuando: ¡chsssss!, otra vez.

Ahora temblé, y el pan se me escapó de la mano . . . Ya no cabían dudas: alguien se había colado en la casa durante mi ausencia . . . ; allí había un ladrón . . . , un asesino . . . , un . . . Quizá me apuntaba con un revólver . . . ¡Qué angustia! . . . ¡Qué horror!

Sin embargo, como los segundos fueron pasando sin que el intruso apareciera por ninguna parte, recobré el dominio de mis nervios y hasta intenté buscar la solución de aquel misterio . . .

Andando de puntillas, fuí a mirar debajo de las camas, detrás de las puertas, adentro de los armarios . . . y en ello estaba, cuando, ¡Dios de los dioses!, helándome y paralizándome: ¡chsssss!, que ahora sonó a mis espaldas.

Ya iba, mediante un esfuerzo colosal de la voluntad,

a echar a correr hacia la calle para pedir auxilio, cuando mis ojos dieron sobre la canilla cuyo arreglo me encomendara mi mamá, y la canilla, en ese preciso instante, al escurrírsele un mísero chorrito de agua, produjo el: ¡chsssss!, que tanto me había asustado.

Comprenderán ustedes, que cinco minutos más tarde quedaba cumplido el encargo de mi mamá. . .



INDICE

INDEX

INDICE

COMEDIAS

	PÁG.
I. — La honradez.....	11
II. ^{72vi} Los sordos.....	15
III. — Gerundio vuelve a su casa.....	21
IV. — Un cascarrabias.....	29
V. — El hijo de don Ignacio.....	33
VI. — El bastón.....	39
VII. — El ascenso.....	43
VIII. — Diez pesos prestados.....	47
IX. — Una mujer indefensa.....	51
X. — Un comerciante moderno.....	59
XI. — Un hombre digno.....	73

ÍNDICE

DIALOGOS

	PÁG.
I. — El preguntón incorregible.....	85 ✓
II. — Un préstamo.....	89
III. — A oscuras.....	91
IV. — El hijo orgulloso.....	95
V. — El rebuzno.....	97
VI. — Un niño niño.....	101
VII. — Por un paraguas.....	105
VIII. — Los cuentos son cuentos.....	109
IX. — El dentista.....	113
X. — Yo hubiera podido ser Vd.....	119

MONOLOGOS

I. — La edad feliz.....	129
II. — La niña gorda.....	131 ✓
III. — Ante todo, razonar.....	133
IV. — El distraído.....	135
V. — Por llegar tarde.....	137
VI. — Juguete.....	139

ÍNDICE

	PÁG.
VII. — La piel del sapo.....	141
VIII. — Mentiras.....	143
<i>T201</i> IX. — Un chasco.....	147
X. — Los tartamudos.....	151
XI. — Ocurrencias.....	153
XII. — Recuerdos viejos.....	155
<i>D201</i> XIII. — Fuera de programa.....	159
<i>F201</i> XIV. — Mala memoria.....	161
XV. — Un susto.....	163





